
HARLEQUIN
Deseo™
POR UN ANUNCIO
KATHIE DeNOSKY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Por un anuncio, n.º 2017 - diciembre 2014
Título original: In the Rancher's Arms
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4894-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Créditos
Índice
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Epílogo

Capítulo Uno

–Victoria Anderson, ¿aceptas a Eli Laughlin como esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de su vida?

El reverendo Watkins continuó hablando en tono monótono, pero Victoria no lo escuchaba. Estaba demasiado nerviosa como para concentrarse en otra cosa que no fuese el extraño guapo, moreno y robusto que tenía al lado, con el que iba a casarse en solo unos segundos.

El reverendo se aclaró la garganta y la miró expectante; ella tragó saliva y murmuró:

–Sí, quiero.

Su voz sonó sorprendentemente firme, teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba.

El reverendo miró a su futuro marido y le hizo la misma pregunta, pero Victoria no prestó atención. Dos horas antes, Eli Laughlin era solo un hombre con el que había intercambiado varias llamadas de teléfono y varios correos electrónicos. De hecho, ni siquiera se habían molestado en intercambiarse fotografías.

Aunque eso no habría influido en su decisión de casarse. En realidad, no tenía otra opción. Era una desafortunada heredera que en esos momentos solo disponía de quinientos dólares y a la que habían amenazado de muerte en varias ocasiones.

No obstante, deseó que hubiesen hablado de sus características físicas antes. Eso habría reducido el impacto que Eli le había causado cuando había ido a recogerla al aeropuerto de Cheyenne. Victoria no sabía muy bien cómo se lo había imaginado, pero, en cualquier caso, no había estado preparada para encontrarse con un hombre así.

Si no hubiese tenido tanta prisa en marcharse de Charlotte, tal vez se hubiese imaginado algo por el tono de su voz. La primera vez que Eli la había llamado para entrevistarla se le había puesto la piel de gallina y se le había acelerado el pulso solo de oírlo. No podía

ser que un hombre debilucho y tímido tuviese una voz así.

Victoria lo miró. Cuando discutieron los detalles del acuerdo no pensó en si sería alto y fuerte, dio por hecho que no importaba. Y había estado más preocupada por convencerlo de que cumplía con los requisitos para poder casarse con él.

Pero lo cierto era que era muy alto y que tenía los hombros más anchos que Victoria había visto en toda su vida. Parecía casi un gigante.

Estudió su rostro. Había pensado que los hombres que pasaban el día al aire libre tenían la piel curtida. Eli solo tenía unas suaves arrugas junto a los ojos marrones y alrededor de los labios.

–Sí, quiero –dijo este, haciendo que Victoria volviese a la realidad.

–Por el poder que me confiere el Estado de Wyoming, yo os declaro marido y mujer –sentenció alegremente el reverendo Watkins–. Hijo, puedes besar a la novia.

Ella lo miró y pensó que no iba a besarla. Solo hacía un par de horas que se conocían en persona, desde que Eli la había recogido en el aeropuerto. Se le aceleró el pulso al ver que la abrazaba e inclinaba la cabeza.

Victoria sintió sus labios y notó cómo la invadía un escalofrío de deseo. Fue un beso breve, pero cuando Eli la soltó y retrocedió, ella supo que era el hombre más hombre que había conocido en sus veintiséis años de vida.

De repente, sintió pánico. ¿Dónde se había metido?

Entonces recordó el acuerdo prenupcial que habían firmado, en especial, la parte que decía que tenían un mes «para conocerse», y empezó a relajarse un poco. El matrimonio no se consumaría salvo que ambas partes estuviesen de acuerdo.

–Enhorabuena a los dos –dijo Blake Hartwell, abrazándola.

Durante el trayecto de una hora del aeropuerto al bufete del abogado de Eli, este le había explicado que la ceremonia tendría lugar en casa de la abuela de Blake en cuanto hubiesen firmado el acuerdo prenupcial. Eli y Blake habían sido amigos desde el colegio, y este y su abuela, Jean Hartwell, serían los testigos.

Blake la abrazó con fuerza y Victoria se dio cuenta de que era tan grande y fuerte como su recién estrenado marido.

–Gracias –murmuró.

Todo estaba ocurriendo tan deprisa que se sentía abrumada. Era surrealista pensar que en poco menos de cuatro meses hubiera cambiado dos veces de apellido.

–Gracias por tu ayuda –le dijo Eli a su amigo–. Estoy muy agradecido de que tu abuela Jean nos haya apoyado en esto con tan poco tiempo.

–Ha sido un placer –respondió Blake sonriendo.

–No me lo habría perdido por nada del mundo –comentó Jean Hartwell–. Trata bien a la niña, ¿entendido?

Se giró hacia Victoria y sonrió.

–Es muy buen chico, pero si se pone tonto, avísame. Lo pondré firme en un momento.

–Lo tendré en cuenta, señora Hartwell –dijo Victoria sonriendo.

Se preguntó qué pensarían de ella y de su repentino matrimonio con Eli, pero si tenían alguna objeción, no la expresaron. Con ella estaban siendo tan amables que parecía que aquella boda era como otra cualquiera.

–Te has casado con uno de mis chicos –continuó la mujer, dándole a Victoria un beso en la mejilla–, así que llámame abuela Jean.

Luego se giró hacia el reverendo y le preguntó:

–¿Se quiere quedar a tomar un refresco con nosotros, padre?

–Me temo que no voy a poder, Jean –dijo el hombre sonriendo–. Tengo que ir al hospital de Cheyenne a ver a un miembro de la congregación que está con neumonía.

La abuela de Blake acompañó al reverendo Watkins a la puerta y luego le hizo un gesto a Victoria para que la siguiera.

–En el salón nos espera la tarta nupcial y mi mejor licor de bayas de saúco. Supongo que no querréis tardar en marcharos, así que será mejor que empecemos a celebrarlo.

Eli vio cómo su recién estrenada esposa seguía a la abuela Jean y se preguntó en qué habría estado pensando al elegir a Victoria Anderson para que se convirtiese en su mujer. No era en absoluto la mujer que había imaginado al poner el anuncio en Internet. Quería una mujer que pudiese ayudarlo con el trabajo del rancho y que le diese un hijo que pudiese heredar este, pero estaba seguro de que

Victoria no había trabajado en toda su vida, y mucho menos en un rancho.

–Eres un canalla –susurró Blake cuando las mujeres se hubieron alejado.

–¿Por qué dices eso?

–Cuando me hablaste de que habías puesto un anuncio pensé que buscabas más a alguien que te ayudase a trabajar en el rancho que a una esposa –comentó Blake riendo–. Jamás pensé que encontrarías a alguien que aceptase una propuesta tan poco romántica, ¡y te has llevado a la reina del baile!

Su amigo le dio un golpe en la espalda y ambos siguieron a las mujeres hasta el salón. Eli tuvo que admitir que Victoria era muy guapa. Tenía el pelo castaño claro y largo, era de tez morena y tenía los ojos violetas más expresivos que había visto en toda su vida.

Por desgracia, la belleza no había sido uno de sus criterios a la hora de escoger esposa. Quería a una mujer que supiese cómo funcionaba un rancho del tamaño del Rusty Spur y que pudiese ayudarlo en caso de necesidad, pero nada más ver su ropa de diseño y que llevaba hecha la manicura, supo que jamás había pisado una granja ni un rancho.

Ya lo había sospechado la primera vez que la había llamado para entrevistarla, pero la había escogido entre otras candidatas más cualificadas por una sencilla razón: que su dulce voz había hecho que se le acelerase el pulso. Se dijo que tenía que haberse dejado llevar por la cabeza, no por las hormonas, pero antes de conocerla había pensado que, si iba a tener un hijo con ella, tampoco estaría mal que le gustase. Jamás habría imaginado que reaccionaría como había reaccionado nada más verla.

Siempre había pensado que lo de encontrar una mujer que le cortase a uno el aliento ocurría solo en canciones o en películas, pero aquella era la única manera de describir lo que le había ocurrido al verla bajar del avión en Cheyenne. Había contenido el aliento y no estaba seguro de haber vuelto a respirar con normalidad desde entonces.

–Eli Laughlin, quita esa cara de cordero degollado y ven aquí a ayudar a tu esposa a cortar el pastel –le espetó la abuela Jean desde la puerta del comedor.

Eli agradeció que lo sacase de sus pensamientos y sonrió a

aquella mujer, que se consideraba la abuela de todos los amigos de su nieto.

–Sí, señora. Ya voy.

Cuando entró en la habitación, Victoria estaba de pie detrás de un pastel de tres pisos que había encima de la mesa. Parecía asustada.

Eli se acercó a ella e intentó tranquilizarla con una sonrisa.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

–La señora Hartwell es muy amable. No esperaba que hubiese un pastel… –le dijo, mirándolo y riendo–. A decir verdad, ni siquiera sé qué es lo que esperaba.

Su risa nerviosa y su vulnerabilidad hicieron que Eli sintiese una inesperada emoción. No sabía por qué, pero Victoria Anderson Laughlin le despertaba un instinto protector que ni siquiera había sabido que poseía.

Se dijo a sí mismo que se debía a que era guapa, menuda, delicada y femenina, el tipo de mujer que hacía que cualquier hombre se sintiera un hombre, pero lo cierto era que acababa de convertirse en su esposa. Era su trabajo protegerla y lo había asumido desde el principio.

Eli respiró hondo. Debía de estar volviéndose loco. Solo llevaba diez minutos casados y ya estaba pensando como un marido.

Había intentado evitar aquella clase de emociones pensando en el matrimonio como en un acuerdo comercial, pero, al parecer, había infravalorado el sentido de la responsabilidad que acompañaba al hecho de tener una esposa.

–A ver, sonreíd los dos –les pidió Blake levantando la cámara–. Pon el brazo alrededor de tu esposa, Eli. Esta va a ser vuestra fotografía oficial.

A Eli le entraron ganas de golpear a su mejor amigo, que sabía perfectamente que Victoria y él acababan de conocerse. No obstante, le hizo caso y se dijo que ya hablaría con él más tarde.

Abrazó a Victoria por los hombros y ella le apoyó la mano en el pecho, causándole un calor que le gustó mucho. Tal vez demasiado. El acuerdo prenupcial que habían firmado incluía una cláusula según la cual no tendrían sexo en cuatro semanas para poder conocerse mejor y saber si eran compatibles. Eli respiró hondo. Si la

atracción física entre ambos era tan fuerte como estaba empezando a sospechar, iba a ser un mes muy duro.

Blake hizo la foto, y cuando Eli iba a soltar a Victoria, su amigo le dijo:

–Ahora, dale un beso. No he conseguido inmortalizar el de la ceremonia.

Eli no estaba seguro de que hacer fotografías fuese buena idea. ¿Y si, después de un mes conociéndose, decidían que no eran compatibles y anulaban el matrimonio?

–Sí, seguro que os gusta tener una fotografía dándoos un beso el día de vuestra boda –intervino la abuela Jean.

Eli miró a la mujer que tenía al lado y la vio tan sorprendida como cuando el reverendo le había dicho a Eli que podía besarla durante la ceremonia. Él no había pensado hacerlo, pero la manera en que Victoria lo había mirado durante el ritual había hecho que decidiese respetar la tradición. Y la mirada que le estaba dedicando en esos momentos tenía exactamente el mismo efecto.

Sin pensárselo dos veces, inclinó la cabeza y le dio un beso. Se dijo a sí mismo que la estaba besando porque no hacerlo habría creado una situación incómoda. Aunque, en el fondo, sabía que deseaba volver a besarla y necesitaba comprobar que su primera impresión había sido correcta.

En cuanto sus labios se tocaron supo que, tal y como había pensado con el primer beso, los labios de Victoria eran los más suaves y dulces que había probado en toda su vida.

Su cuerpo empezó a reaccionar y él rompió el contacto y retrocedió. Para su satisfacción, Victoria parecía tan aturdida como con el primer beso. Era evidente que ambos sentían la misma química.

–Perfecto –comentó Blake, sonriendo con malicia–. Una o dos más cortando la tarta y habré terminado por ahora.

–¿Por ahora? –repitió Eli, frunciendo el ceño.

Blake era su mejor amigo desde que tenía memoria, pero estaba empezando a agotarle la paciencia.

Blake sonrió todavía más.

–Necesito por lo menos una fotografía de la abuela tirando el arroz y otra vuestra marchándoos hacia el rancho, a empezar una nueva vida.

Eli apretó los dientes. Blake se estaba divirtiendo demasiado a su costa.

Cortaron la tarta, blanca con flores rosas, le dieron un bocado y brindaron con el licor casero de la abuela Jean, después, Eli se miró el reloj.

–Gracias por todo, pero deberíamos ponernos en camino. Tenemos dos horas de carretera hasta el rancho, y Buck se enfadará si tiene que recalentar la cena.

–Dile a ese viejo que la próxima vez que lo vea en el pueblo le voy a decir lo que pienso de que no haya querido venir hoy –dijo con desaprobación la abuela Jean mientras los acompañaba hacia la puerta.

Luego les hizo un gesto para que esperasen.

–Blake tiene que preparar la cámara antes de que bajéis las escaleras del porche. Y tened cuidado, ha limpiado casi toda la nieve del camino, pero todavía quedan un par de sitios muy resbaladizos.

–Gracias por la advertencia –dijo Eli, ayudando a Victoria a ponerse el abrigo antes de ponerse el suyo–. Hace un rato le he pedido a Blake que saliese a encender la calefacción del todoterreno, supongo que ya estará caliente.

–Qué detalle –respondió Victoria sonriendo–. Y gracias por presentarme a tus amigos. Me ha encantado conocerlos. Son muy simpáticos.

–Sí, la abuela Jean es un encanto –comentó Eli poniéndose el sombrero de cowboy.

–¿Cada cuánto tiempo los ves? –preguntó ella.

–Vengo varias veces en primavera y verano, pero cuando empieza a nevar, a finales de otoño, ya no vuelvo hasta la primavera siguiente –le explicó Eli mientras atravesaban el porche delantero de la casa–. Mi padre y el de Blake eran amigos íntimos y, de niño, yo pasaba aquí los inviernos para poder ir al colegio.

Eli se quedó inmóvil al ver su coche.

–Pero, ¿qué…?

Al parecer, Blake había decidido decorárselo. Había escrito en el parabrisas trasero las palabras «recién casados» y había colgado una enorme campana de papel blanco de la parte trasera.

–Veo que has estado muy ocupado –le dijo a su amigo mientras

agarraba a Victoria del codo para ayudarle a bajar las escaleras.

–Me he tomado mi trabajo de padrino muy en serio –comentó Blake riendo.

Hizo varias fotografías mientras su abuela les tiraba arroz y después añadió:

–Y parte de ese trabajo era decorar el coche del novio.

–Ya me las pagarás por ello –le advirtió Eli mientras la abuela Jean dejaba de tirar arroz para abrazar a Victoria.

Blake rio como una maldita hiena.

–De eso estaba seguro.

Cuando llegaron al todoterreno, Eli le abrió la puerta a su esposa, pero en vez de darle la mano para ayudarla a subir, la tomó en brazos. Ella se aferró a su cuello y lo envolvió con su delicado aroma.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó sorprendida.

–Había una placa de hielo justo delante de ti y no quería que te cayeras –respondió Eli, dejándola en el asiento delantero.

Victoria frunció el ceño.

–No recuerdo que estuviese allí cuando llegamos.

–Es que no estaba.

Eli cerró la puerta y, mientras daba la vuelta a la camioneta, le preguntó a Blake:

–¿También se te ha ocurrido poner agua delante de la puerta?

Blake sonrió de oreja a oreja.

–Era la única manera de asegurar una fotografía con la novia en tus brazos, dado que no voy a estar ahí cuando crucéis el umbral.

–¿Y si no hubiese visto el hielo y Victoria se hubiese caído? –inquirió Eli.

–Te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo y sabía que lo verías –le respondió Blake encogiéndose de hombros.

–Reza porque todo esto se me olvide antes de que encuentres a alguna chica ingenua que quiera casarse contigo.

–No tengo intención de casarme, así que vas a tener que esperar sentado.

–Soy un hombre paciente –le dijo Eli–. Hasta la próxima primavera.

Cuando se detuvieron en el almacén de piensos del pueblo, Eli bajó y Victoria se quedó en la camioneta. Habían pasado tantas cosas en las últimas horas, desde que había bajado del avión, que en esos momentos en que estaba tranquila y podía reflexionar no estuvo segura de querer hacerlo.

Se miró la mano izquierda y vio la sencilla alianza de oro que Eli le había puesto durante la ceremonia, que simbolizaba el paso de una vida llena de lujos a otra vida como esposa de un ranchero. Aunque eso no le importaba. Pensaba que el dinero no era lo más importante en la vida. De hecho, prefería no tener que relacionarse jamás con gente rica, ya que había aprendido por las malas que, cuando se había quedado sin dinero, también habían desaparecido todos sus amigos.

Pero ya nada de eso importaba. Había cambiado una vida sin amor por otra. Por supuesto, legalmente tenía un mes para decidir si quería seguir adelante con aquel matrimonio, pero no había ninguna garantía, aunque decidiese hacerlo, de que Eli y ella terminaran enamorándose.

Había tenido la esperanza de conocer algún día a alguien que la amase de manera incondicional, pero, al parecer, no iba a ocurrir. En su desesperación por marcharse de Charlotte, había accedido a casarse con Eli para resolver rápidamente su problema. Y aunque el comienzo no era precisamente de cuento de hadas, estaba decidida a intentar que su matrimonio funcionase. Había dado su palabra y no pretendía faltar a ella.

Suspiró y miró por la ventanilla. La mayoría de las personas que no eran felices en el amor solían consolarse con el amor que recibían de sus padres. Ella solo tenía malos recuerdos de su padre.

Clavó la vista en las montañas e intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta. Su nacimiento había terminado con la vida de su madre, y John Bardwell no había sido capaz de perdonarla por ello. Ya no estaba allí, así que ya no existía ni la más mínima posibilidad de que eso ocurriera.

Había tenido una niñera, sí. Marie la había cuidado bien, pero no había sido como tener una madre. Para Marie Gentry, Victoria había representado un trabajo y un modo de escapar de la pobreza en la que había crecido.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Eli al volver a la camioneta.

Perdida en sus pensamientos, Victoria no lo había visto volver.

–Estoy un poco cansada, nada más –mintió–. Debe de ser por la diferencia horaria.

–¿Por qué no te duermes un poco? –le sugirió él–. Hay tiempo de sobra. Tenemos dos horas de viaje hasta el rancho.

–No voy a poder dormir –comentó ella, señalando las montañas–. No quiero perderme el paisaje. Es impresionante.

Él la miró con extrañeza.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto. Me parece un lugar increíble. Las montañas son fascinantes y todo, en general, parece sacado de una tarjeta navideña.

–¿No te molesta la nieve? –preguntó él.

–En absoluto –respondió Victoria–. En Charlotte casi nunca nieva y, cuando lo hace, es solo un poco y no dura más de un día.

–No sé si recuerdas que te conté que el Rusty Spur está en un valle aislado –le recordó Eli–. A veces, en invierno, nieva durante una o dos semanas seguidas. ¿Estás segura de que no va a importarte?

–No, siempre y cuando pueda salir a hacer un muñeco de nieve de vez en cuando –dijo ella–, pero creo que ya hablamos de esto la primera vez que me llamaste. ¿No me creíste cuando te dije que no me importaría?

Para su sorpresa, Eli alargó la mano y cubrió la de ella.

–Una cosa es lo que uno dice y otra muy distinta lo que piensa cuando se ve en esa situación, Tori.

A ella se le aceleró el corazón.

–Todo el mundo me llama Victoria –comentó, pensativa.

–¿Te importa si yo te llamo Tori? –le preguntó Eli sonriendo.

A ella le pareció bien tener un nuevo nombre para una nueva vida.

–No, no me importa. De hecho, me gusta –le aseguró ella–. Es menos formal.

Eli continuó con la mano encima de la suya y Victoria notó calor. Intentó ignorarlo, pero no pudo.

–Sé que no me va a importar que nieve, pero ¿no te parece demasiado tarde para volver a hacerme la pregunta?

Él se quedó pensativo y luego respondió:

–Solo quiero estar seguro de que sabes lo que has hecho.

Victoria no quiso decirle que no tenía elección. Tampoco se sentía preparada para hablar de su padre y de las decisiones equivocadas que este había tomado durante su vida. Había tenido que cambiarse de apellido, de Bardwell a Anderson, el apellido de soltera de su madre, cuando había empezado a recibir amenazas de muerte.

Si iban a vivir juntos, antes o después tendría que contárselo todo a Eli, pero tenía un mes para encontrar la mejor manera de hacerlo. Y si decidían tomar cada uno su camino, Eli no tenía por qué saber que, durante meses, la prensa la había seguido. No tendría que comprender que la desesperación la hubiese llevado a casarse con un extraño, ni tendría que entender la culpabilidad que iba a sentir el resto de su vida.

Respiró hondo. A Eli solo le había contado que su padre había fallecido de un infarto, pero no que había sido causado por el estrés.

–No te preocupes por mí. Si no estuviese segura de lo que estoy haciendo, no estaría aquí.

Se tapó la boca para ocultar un bostezo.

–Creo que sí que voy a intentar dormir un poco. Por favor, despiértame cuando estemos llegando al rancho. Me gustaría ver el valle desde lo alto de la montaña, tal y como me lo describiste.

–De acuerdo –respondió Eli sonriendo.

Y ella sintió todavía más calor al ver cómo se le curvaban los labios. No estaba segura de que le gustase sentirse atraída por él tan pronto. Aunque podía ser una ventaja si su matrimonio funcionaba. Y una pesadilla si no lo hacía.

Tori cerró los ojos y se dijo que sería mejor no darle demasiadas vueltas al tema. Tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

¿Cómo reaccionaría Eli cuando le hablase de su padre y del escándalo en el que ella también había estado envuelta? ¿La comprendería?

A pesar de tener un máster en finanzas y de que la habían absuelto de cualquier responsabilidad relativa a las transacciones ilegales de la empresa de su padre, sabía que nadie la contrataría. Y esperaba que Eli no se enfadase porque no se lo hubiese contado antes y por no haberle advertido de que iba a casarse con la hija del

hombre que había causado el mayor fiasco económico de la historia reciente.

Capítulo Dos

Detuvo la camioneta en lo alto de la montaña, desde donde se veía el rancho, y miró a su esposa. Tori se había quedado dormida casi nada más cerrar los ojos, pero no había dormido tranquila. Durante la última hora y media había gimoteado varias veces y había murmurado algo. Eli no había conseguido entenderla, pero había estado a punto de despertarla al ver correr una lágrima por su mejilla.

Se maravilló de lo atractiva que era. No había imaginado que le gustaría tanto, ni que iba a desear protegerla nada más conocerla. Había intentado evitar ambos sentimientos.

Había imaginado que, al poner un anuncio para conseguir esposa, evitaría tener una relación romántica con nadie. La vida le había enseñado a la fuerza que los sentimientos nublaban la mente de los hombres.

Y lo cierto era que, después de haber hablado con ella por primera vez, había decidido que no era la persona adecuada, pero después de hablar con otras mujeres, había seguido pensando en ella.

Ya tenía una mujer bella, pero sin ninguna experiencia con el ganado.

–Después de haberme esforzado tanto en mantener la atracción fuera de la ecuación, menudo genio –murmuró entre dientes.

Incómodo con la dirección que habían tomado sus pensamientos, decidió analizar el tema más tarde y le tocó con suavidad el hombro a Tori.

–Ya hemos llegado a casa.

Ella parpadeó y abrió sus increíbles ojos violetas. Y Eli se puso tenso al verla tan delicada y femenina.

–¿Ya estamos? –preguntó–. ¿Cuánto tiempo he dormido?

–Alrededor de una hora y media –respondió Eli, obligándose a sonreír–. Me dijiste que te despertase al llegar a lo alto de la montaña.

La oyó tomar aire al ver el rancho en el valle y sintió una extraña satisfacción.

–¿Cómo de grande es el rancho? –preguntó sorprendida.

–Estás viendo toda la finca. Hay unos diez mil acres y otros veinte mil más de pastos fuera del valle. Y tengo alquilados quince mil más a la Oficina de Ordenación de Tierras.

Señaló la gran casa que su bisabuelo había construido.

–Ahí es donde vamos a vivir, con Buck. Él cuida de la casa y cocina ahora que ya está retirado de las labores del rancho.

–Es increíble, y tan grande… –comentó ella, quitándose el cinturón de seguridad para echarse hacia delante y ver mejor–. ¿Qué son esos edificios que hay detrás de la casa?

Su entusiasmo, casi infantil, hizo que a Eli se le hinchase el pecho de orgullo. Los Laughlin se habían establecido en el valle hacía más de ciento veinticinco años, y cada generación había hecho que el rancho fuese más grande y mejor que la anterior.

Señaló los edificios que había detrás de la casa.

–Son los establos. Hay uno para los caballos de labor, otro para guardar grano y heno, otro para los tractores y para otros equipos. Aquel es el que utilizamos para tratar al ganado enfermo o herido y en el grande guardamos los camiones en los que transportamos el ganado a los mercados y a los pastos más alejados.

Señaló hacia la parte más alejada del valle y añadió:

–Aquella casa pequeña es donde viven el capataz y su esposa, y en la grande que hay a su lado se alojan los hombres solteros.

–¿Hay alguna mujer con la que pueda hablar de vez en cuando? –preguntó Tori, sonriendo todavía más.

–Si tienes tiempo, puedes llamar a Sally Ann, aunque suele estar muy ocupada cocinando para los hombres y a veces, cuando Buck tiene artritis, lo ayuda con la casa. Sally Ann y su marido, Jack, llevan en el rancho desde que tengo memoria. Estoy seguro de que le gustará que haya otra mujer, después de tener que tratar solo con hombres durante tantos años.

–Entonces, ¿es una mujer mayor?

–No sé qué edad tiene y no pienso cometer el error de preguntárselo –respondió Eli riendo–, pero yo diría que ronda los cincuenta y cinco.

Tori se quedó pensativa y después señaló hacia donde estaban

los corrales.
–¿Y aquellos… corrales?
–Son para los caballos, para cuando los dejamos que tomen el aire y estén un poco en libertad –le explicó Eli.
Tori siguió mirándolo todo como maravillada y Eli pensó en lo distinta que había sido su reacción de la que había tenido la primera mujer a la que había llevado a ver su casa. De eso habían pasado diez años. Había llevado a una compañera de la universidad a pasar el día de Acción de Gracias y aquel había sido el principio del fin de su relación.
En cuando la chica había visto dónde estaba el rancho y toda la nieve que había, le había faltado tiempo para volver a Los Ángeles. No le habían gustado la belleza de las montañas ni el olor de los pinos que rodeaban el valle, y aunque la casa contaba con todo tipo de comodidades, no había entendido que nadie quisiese vivir en algo tan primitivo como una casa de madera. Ni siquiera había disfrutado de las estrellas por la noche. Solo se había quejado de lo oscura que era la noche y le había preguntado si su padre no se había planteado vender las tierras a un promotor urbanístico. Él había decidido darle el beneficio de la duda, hasta que había empezado a darse cuenta de sus mentiras y de su ambición.
–¿Cuántas personas viven en el Rusty Spur? –preguntó Tori.
Eli arrancó el motor y empezó a conducir por la carretera cubierta de nieve.
–Contando con nosotros y Buck, somos diez los que vivimos en el rancho todo el año, aunque durante los meses de verano suelo contratar entre cinco y diez hombres más.
–Pensé que harían falta más personas para ocuparse de un sitio así –comentó ella asombrada.
–Al contrario de lo que piensa la gente, no lo hacemos todo subidos a un caballo.
–¿No?
Tori parecía casi decepcionada, y aquello confirmó sus sospechas de que no sabía nada de cómo funcionaba un rancho moderno. No obstante, no iba a darle más vueltas al tema. Al fin y al cabo, ya estaban casados, así que lo mejor sería darle una oportunidad. Además, Eli quería ver cuánto tiempo tardaba Tori en reconocer que no tenía ni idea de cómo era la vida rural.

Habría tenido de qué preocuparse de no haber firmado un acuerdo prenupcial, pero este era su seguro. Lo protegía y le daba un mes para averiguar por qué había respondido Tori a su anuncio si no cumplía con los requisitos, y también por qué él no se sentía capaz de preguntarle al respecto.

–Utilizamos picops y todoterrenos para hacer muchas cosas que antes se hacían a caballo –le explicó, fijándose en que ella le prestaba mucha atención–, pero montamos a caballo para mover al ganado de un pasto a otro en verano, ya que lo llevamos a zonas a las que no se puede acceder en coche.

–¿Ganado? –preguntó ella intrigada–. ¿Cuántas vacas tienes?

Él rio a carcajadas.

–Tengo cuatro rebaños, dos de Hereford y dos de Black Angus. Y también tengo caballos.

Tori se ruborizó, como si se hubiese dado cuenta de que había metido la pata.

Él detuvo el coche al lado de la casa y salió para abrirle la puerta. Le puso las manos en la cintura y la ayudó a bajar. No tenía ni idea de por qué lo hacía, salvo porque le gustaba tenerla entre sus brazos.

Cuando la dejó en el suelo, Tori siguió agarrándolo de los bíceps y mirándolo. Y él tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no darle otro beso.

–¿Por qué no entras al calor de la casa mientras yo saco el equipaje y lo entro en casa? –le preguntó por fin.

Ella siguió mirándolo y después asintió y empezó a subir las escaleras.

Eli la observó y suspiró. ¿Por qué lo atraía tanto Tori? Le había mentido acerca de su experiencia en la vida de un rancho, pero no le importaba. De repente, ya no le parecía algo tan importante.

Sacó las dos maletas de Tori de la camioneta y se dirigió hacia la casa. Aquella mujer tenía algo… Tal vez fuese vulnerabilidad, o incluso desesperación. Algo que hacía que desease protegerla de lo que fuera que estuviera huyendo. Porque Eli estaba seguro de que estaba huyendo de algo, si no, no estaría allí.

¿Por qué si no iba a estar una mujer bella, que sin duda había tenido una niñez cómoda, que podría haberse casado casi con cualquier hombre que hubiese querido, casarse con un extraño e

irse a vivir a un remoto rancho de Wyoming?

Había hecho varias averiguaciones acerca de todas las candidatas a las que había entrevistado, pero no había encontrado nada llamativo acerca de Tori, aunque sabía a quién acudir si decidía saber algo más: al hermano mayor de Blake, Sean, que había sido agente del FBI durante años antes de abrir su propia agencia de detectives. Con una llamada, y en el plazo máximo de una semana, lo sabría todo de Tori.

Después, podría decidir si quería intentar que el matrimonio funcionase o, directamente, que lo anulasen y poder seguir buscando a la mujer adecuada.

Tori entró en la casa reprendiéndose por el lapsus que había tenido. Como el FBI le había confiscado el ordenador, había tenido que ir a la biblioteca a informarse de cómo se vivía en el Oeste y de la terminología propia de un rancho. Llamar al ganado «vacas» era la clase de error que no podía cometer si no quería que Eli se diese cuenta de que era una impostora y la mandase de vuelta a Charlotte en un abrir y cerrar de ojos.

Vio el cartel de «bienvenidos a casa» que había junto a la puerta y suspiró. Le recordó que ya no tenía una casa a la que volver. Su padre había muerto, su empresa ya no existía y sus supuestos amigos la habían abandonado nada más salir a la luz el escándalo. Por si fuese poco, los antiguos clientes de su padre habían empezado a amenazarla de muerte. A pesar de que ella no había tenido nada que ver con sus prácticas ilegales, solo su apellido había hecho que la odiasen personas que ni siquiera la conocían.

Luego, estaba el tema de la financiación. Como había trabajado para su padre, ya nadie querría contratarla.

Por eso, no había tenido elección.

Abrió la puerta y entró en un pequeño vestíbulo. Miró a su alrededor y vio un banco de madera que había pegado a un pared llena de cubículos en los que había botas y zapatos. En la pared de enfrente había espuelas puestas del revés a modo de perchas. En Charlotte jamás había visto algo así, pero era perfecto para un rancho.

Se quitó el abrigo y lo colgó en una de ellas, después abrió la

puerta que daba a la cocina, que le pareció rústica y muy práctica.

–Tú debes de ser la esposa de Eli.

Perdida en sus pensamientos, la voz del hombre la sobresaltó. Tori se giró y vio a un hombre mayor que estaba junto a los fogones, removiendo algo que olía deliciosamente en una enorme cazuela.

–Sí, soy Tori. Y tú debes de ser Buck.

–El mismo –respondió él–. ¿Eli está con tus maletas?

–Sí. ¿Puedo ayudarte a terminar la cena?

–Si quieres, podrías poner la mesa –le sugirió Buck.

–Encantada.

Buck le señaló el armario en el que estaban los platos y ella preguntó:

–¿Para cuántos? ¿Para tres?

El hombre asintió.

–Sally Ann se encarga de la comida de los hombres.

Mientras Tori ponía la mesa, admiró la tosca belleza de la cocina, que hizo que se sintiera como en el Lejano Oeste, y pensó que era un lugar agradable y acogedor.

–Llevaré tus maletas al piso de arriba y las dejaré con el resto de tus cosas –le dijo Eli.

–Quería haberte preguntado si habían llegado –admitió ella sonriendo–, pero ha sido un día tan intenso que se me ha olvidado.

Él asintió.

–Recogí tus cajas la semana pasada, cuando fui al pueblo a hablar con el abogado de nuestro acuerdo.

Unas semanas antes, Tori había mandado por correo la mayor parte de su ropa y los pocos recuerdos que había podido conservar después de que se subastasen la mansión y las pertenencias de su padre. Era descorazonador pensar que toda su vida se reducía a un par de cajas y un par de maletas, pero aquella era la triste realidad.

–Gracias, Eli –le dijo, admirándose de la facilidad con la que llevaba su equipaje.

Luego se volvió hacia Buck y le preguntó:

–¿Puedo ayudarte en algo más?

–Siéntate y te serviré el mejor estofado de carne que hayas probado en toda la vida. Apuesto a que estás cansada y hambrienta después del viaje.

–Huele deliciosamente, pero esperaré a que Eli y tú estéis sentados también –le respondió sonriendo.

Buck la miró fijamente unos segundos.

–No eres en absoluto como te imaginaba –admitió por fin, sacudiendo la cabeza.

Tori no supo cómo responder a aquello.

–¿Y eso es bueno o malo? –preguntó con cautela.

–Espero que sea bueno –comentó Eli, que acababa de volver a la cocina.

De repente, la atmósfera se tensó y ambos hombres se miraron de manera extraña.

–Siéntate y come antes de que se enfríe –dijo Buck por fin, girándose para sacar unas galletas del horno.

La hostilidad entre ambos hombres era innegable y Tori tuvo la sensación de que ella era la causa del problema. Era probable que Buck no hubiese aprobado el método de Eli para buscar esposa.

–¿Queréis que os deje solos unos minutos? –preguntó–. Puedo subir y empezar a deshacer las maletas.

Eli negó con la cabeza.

–No será necesario.

Le ofreció una silla y luego se sentó a la cabeza de la mesa.

–Buck siempre se pone así en invierno. Odia estar encerrado en casa y piensa que si él está de mal humor, todo el mundo tiene que estarlo.

–No hables como si no estuviese aquí –protestó el otro hombre, acercando la cazuela para servir la cena–. No es nada sofisticado, pero está bueno y hay mucha cantidad.

–Huele muy bien, Buck –repitió ella sonriendo–. Estoy segura de que está delicioso.

No sabía por qué, pero le había caído bien Buck. Parecía una buena persona.

–¿Cómo han ido hoy las cosas por aquí, Buck? –preguntó Eli–. ¿Ha surgido algo de lo que deba ocuparme?

–Jack ha llamado esta tarde. Al parecer, la yegua que está preñada va a parir esta noche –comentó Buck mientras le servía estofado a Tori–. Varios de los hombres están con gripe, y Jack tampoco tenía buena voz.

Eli frunció el ceño.

–¿Y está con la yegua ahora?

–Sí. Ha dicho que se quedaría con ella hasta que volvieras tú –continuó Buck, sirviéndole más estofado a Tori.

Está abrió mucho los ojos. A pesar de que tenía muy buena pinta, no iba a poder comérselo todo.

–Lo siento, Buck, pero es demasiado para mí –dijo, esperando no ofenderlo.

–¿No tienes hambre? –preguntó Eli.

–Mucha, pero nunca como tanto –explicó.

–No me digas que eres de las que come como un pajarito –dijo Buck con desaprobación.

–Tengo buen apetito, pero, sinceramente, aquí hay suficiente para alimentar a un ejército hambriento.

Eli se echó a reír.

–Come lo que quieras y deja el resto.

–No puedo hacer eso. Sería desperdiciar la comida.

Ambos hombres se miraron divertidos y luego Eli tomó el plato de Tori y le dio el suyo vacío a Buck.

–Yo me comeré este –dijo sonriendo–. Dile a Buck cuánto quieres.

Tori no supo lo que les parecía tan divertido, pero al menos parecían menos tensos, y eso la alivió.

Mientras cenaba el estofado más delicioso que había probado en toda su vida, escuchó atenta cómo Eli hablaba con Buck acerca de lo que haría mientras sus hombres estuviesen con gripe.

–Yo me ocuparé de ir a ver al ganado a los pastos. ¿Crees que podrás alimentar tú a los caballos?

–Tal vez me esté haciendo viejo y tenga un poco de artritis, pero por supuesto que podré alimentar a los malditos caballos.

–Bien, Tori. Tú te encargarás de mezclar el sucedáneo de leche y de alimentar a las crías –le dijo Eli, girándose a mirarla.

Tori se sintió mal. Ni siquiera sabía lo que tendría que hacer. Por suerte, antes de que pudiese responder, sonó el teléfono y Eli se levantó a responder.

–¿No tienes ni idea de lo que tienes que hacer, verdad, muchacha? –le dijo Buck en un susurro, alargando la mano para tocar la de ella.

Ella se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

–No te preocupes, yo te enseñaré –añadió el hombre guiñándole un ojo.

–¿Voy a tener que ocuparme de las crías? –preguntó.

Él asintió.

–Yo te enseñaré a mezclar la leche en polvo y a sujetar el cubo. Los animales harán el resto.

Tori sonrió aliviada.

–No sabes cómo te lo agradezco, Buck. Por favor, no le digas nada a Eli…

–Tu secreto está a salvo conmigo –le aseguró él.

–Voy a tener que dejaros –anunció Eli, volviendo a la mesa–. Jack se encuentra fatal y la yegua está a punto de parir.

Fue a abrir la puerta del vestíbulo.

–Tori, voy a necesitar tu ayuda. Ponte ropa de trabajo y ven a los establos lo antes posible. Buck, tú tendrás que ocuparte de las terneras cuando termines de alimentar a los caballos.

Antes de que Tori pudiese preguntarle a qué establos se refería, Eli se había puesto el sombrero y se había marchado.

–¿Adónde quiere que vaya? –le preguntó a Buck.

–Sube a cambiarte mientras yo me ocupo de recoger la cena –le dijo este–. Luego, te acompañaré y me ocuparé de los potros y de los caballos.

Tori subió rápidamente sin saber en qué habitación buscar su ropa, pero empezó a abrir puertas y por fin la encontró. Abrió una de sus maletas y buscó en ella unos vaqueros. Se puso una camiseta y un jersey grueso encima.

Miró a su alrededor y lamentó no tener tiempo para organizar sus cosas, pero Eli necesitaba su ayuda.

Se recogió el pelo en una cola de caballo y se volvió a poner las botas. Cuando bajó de nuevo a la cocina, Buck le preguntó:

–¿Tienes guantes?

–Sí –respondió ella sacándoselos del bolsillo de la chaqueta de esquiar.

Buck negó con la cabeza.

–Esos son demasiado elegantes y no te protegerán –le dijo, ofreciéndole un par guantes de trabajo–. Te preguntaría si tienes experiencia en ayudar a parir a una yegua, pero ya sé la respuesta.

–No, no la tengo –admitió ella, saliendo de la casa–. Debería

decirte que…

–No te preocupes por ello esta noche –la interrumpió Buck–. Ya me lo contarás cuando tengamos más tiempo.

Buck la guio hasta los establos y la condujo a uno de los recintos, en el que había una luz tenue. Allí debían de estar Eli y la yegua.

–Gracias, Buck –le dijo, girándose a darle un rápido abrazo.

Él le dio una palmadita en la espalda.

–Haz lo que te diga Eli y todo saldrá bien, muchacha.

Entró y vio a Eli arrodillado junto a una yegua que estaba tumbada sobre la paja. El pobre animal parecía nervioso y cansado.

–¿Qué quieres que haga?

–Muévete despacio y habla en voz baja –le dijo él, quitándose el abrigo–. Siéntate junto a su cabeza e intenta tranquilizarla.

–No pasa nada, cariño –le dijo Tori al animal, acariciándole la frente.

No sabía si lo que estaba haciendo estaba bien o mal, pero estaba decidida a intentar ayudar al pobre animal.

–No creo que tardemos mucho tiempo –comentó Eli–. Ya ha parido un par de veces antes, pero quiero asegurarme de que todo va bien.

–No me extraña. Es preciosa –comentó Tori sin dejar de acariciar al animal–. Es un gran momento de tu vida, ¿verdad, chica?

–Ya veo las pezuñas delanteras –comentó Eli en voz baja.

Tori se fijó en que no ayudaba a la yegua.

–¿No tienes que hacer nada?

–No, lo está haciendo muy bien sola y es mejor dejar que la naturaleza siga su curso –le respondió él–. Solo estamos aquí por si tiene algún problema.

Era algo que, probablemente, Tori tenía que haber sabido si hubiese tenido la experiencia que había dicho tener, pero Eli estaba concentrado en la yegua y no prestó demasiada atención a la pregunta.

En cuanto el potro estuvo completamente fuera, sobre la paja, y Eli hubo quitado la membrana que tenía alrededor, le hizo un gesto a Tori para que saliese al pasillo.

–Los vigilaremos desde aquí –dijo en voz baja, saliendo también y cerrando la puerta con una sonrisa–. Lo has hecho muy bien.

Gracias.

–No he hecho nada –respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

Aunque se sentía aliviada y orgullosa.

Miró por encima de la puerta y vio cómo la yegua se levantaba y se acercaba a mordisquear al potrillo.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Tori, preocupada por si el animal le hacía daño a la cría.

–Está intentando ayudarlo a que se ponga en pie –respondió Eli a sus espaldas.

El calor de su cuerpo y el íntimo sonido de su voz hizo que Tori sintiese un escalofrío. ¿Cómo era posible que se sintiese tan atraída por él? Aunque estuviesen casados, casi no se conocían.

–¿Es macho o hembra? –preguntó.

–Es una niña –le dijo él, apoyando el brazo en sus hombros mientras ambos observaban cómo el pequeño animal intentaba ponerse en pie varias veces antes de conseguirlo–. ¿Quieres ponerle tú el nombre?

–¿De verdad que puedo?

Eli asintió.

–¿Tienes alguna idea?

–¿Me lo puedo pensar? –le preguntó Tori, sabiendo que aquella era una experiencia que no olvidaría jamás.

–Tómate tu tiempo. No hay prisa –le contestó Eli sonriendo.

Se miraron a los ojos y Tori se preguntó cómo era posible que un hombre como aquel hubiese tenido que poner un anuncio para encontrar esposa, teniendo en cuenta lo guapo y encantador que era. Y por qué la habría escogido a ella entre las demás candidatas.

La primera vez que habían hablado por teléfono, le había preguntado por qué había puesto un anuncio en vez de intentar encontrar una esposa por otro método más tradicional. Él le había dado una respuesta más bien vaga acerca de que no tenía tiempo, pero Tori dudaba de que fuese cierto. Y tenía la sensación de que aquello había sido más una excusa que una razón.

Perdida en sus pensamientos, se quedó sin aliento cuando Eli hizo que se girase completamente hacia él.

–Cuando me miras así, tengo la sensación de que quieres que vuelva a besarte –le dijo Eli con voz sensual–. ¿Te gustaría que te besase, Tori?

A ella se le aceleró el corazón y fue incapaz de hablar. Así que se limitó a apoyar las manos en sus hombros y asentir.

Eli se quitó el sombrero y lo dejó encima de un par de pacas. Luego inclinó la cabeza y la besó.

A Tori le gustó tanto como las dos veces anteriores, aunque pronto se dio cuenta de que aquel beso no iba a ser casto como los otros dos.

Separó los labios y se estremeció al notar la primera caricia de su lengua. No era la primera vez que la besaban, pero nunca la habían besado así. Los besos de Eli Laughlin eran increíbles, maravillosos.

La acarició con tal ternura que a Tori se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no perderse, pero Eli se apretó contra ella, haciéndole saber cuánto la deseaba, y tuvo la sensación de que iba a derretirse entre sus brazos.

–Creo que será mejor que veamos cómo está la yegua y que después volvamos a la casa –dijo Eli rompiendo el beso.

La miró unos segundos a los ojos y después volvió a ponerse el sombrero.

–Es tarde, y mañana tendremos que madrugar para hacerlo todo.

Comprobó que la yegua y el potro estaban bien y volvieron a la casa. Cuando llegaron al vestíbulo, Tori estaba completamente agotada.

–Creo que no me va a costar nada dormirme –comentó mientras se quitaba el abrigo y las botas.

–Siento que haya sido un día tan largo –le dijo él–, pero ya sabes cómo es cuando tienes ganado del que ocuparte.

–Por supuesto –balbució Tori, atravesando la cocina.

Aunque, en realidad, no tenía ni idea.

–¿A qué hora me pongo el despertador?

Él sacudió la cabeza mientras subían las escaleras.

–No te preocupes. Yo te despertaré.

Se detuvieron delante de la puerta de la habitación en la que estaban las cosas de Tori y Eli sonrió.

–Que descanses.

–Tú también, Eli.

A Tori se le aceleró el corazón al ver que se inclinaba a darle un rápido beso en los labios.

–Hasta mañana.

Después entró en su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. ¿Cómo era posible que se sintiese tan atraída por un hombre al que casi no conocía?

No había contado con aquello. Al menos, tan pronto.

Había tenido la esperanza de sentir algo al final del periodo de prueba que le hiciese saber qué decisión debía tomar, pero nunca había sentido una química así por ningún otro hombre, y le resultaba un poco desconcertante.

Sería maravilloso que aquella atracción le permitiese tener la relación seria que siempre había deseado, pero ¿y si era solo algo pasajero?

Se apartó de la puerta y sacudió la cabeza mientras se quitaba la ropa. Se dio una ducha rápida, se puso el pijama y metió en el armario la ropa que había sacado un rato antes de la maleta mientras buscaba los vaqueros y el jersey. Después, se metió en la cama.

Era demasiado pronto para saber lo que iba a ocurrir. Tendría que esperar a ver qué le deparaban las siguientes semanas con su nuevo marido. Mientras tanto, pretendía concentrarse en aprender todo lo que pudiese del cuidado de los animales y de la vida en un rancho. Era lo único que podía hacer, teniendo en cuenta que no tenía otro lugar adonde ir.

Capítulo Tres

Eli llamó a la puerta del dormitorio de Tori por segunda vez y, después de esperar unos segundos, la abrió y entró en la habitación. No sabía cuál era el protocolo para un marido que casi no conocía a su esposa, pero imaginó que entrar a despertarla tenía que ser aceptable.

La luz del pasillo iluminó suavemente la cama y la pequeña forma que había en ella. Eli se acercó y miró a la mujer con la que se había casado. Tenía el pelo castaño extendido sobre la almohada y él se preguntó cómo sería tenerlo sobre su pecho desnudo después de haberle hecho el amor. La idea lo excitó y se reprendió a sí mismo.

Era evidente que Tori le había mentido acerca de su experiencia en un rancho, y él todavía no sabía por qué no la había mandado de vuelta a Charlotte nada más verla y, mucho menos, por qué se había casado con ella.

Lo cierto era que, nada más verla, se había olvidado de todo. Necesitaba un hijo que heredase el rancho.

Y no había querido tener que perder el tiempo cortejando a una mujer para que esta le dijese después que no quería vivir en un sitio tan apartado o, todavía peor, para averiguar con el tiempo que lo único que quería era su dinero. Por eso había pensado que la mejor opción era poner un anuncio en Internet y hacer firmar a la elegida un contrato prenupcial en el que se fijase la cantidad que recibiría si se divorciaban.

No había contado con dar con una mujer tan desesperada que estuviera dispuesta a mentir para casarse. Sobre todo, una mujer tan dulce y bella como Tori. Y no entendía por qué no podía deshacerse de ella inmediatamente.

Pero lo cierto era que quería conocerla mejor, y que en esos momentos solo podía pensar en besarla apasionadamente.

Sacudió la cabeza. Aquello era una locura. Alargó la mano y le tocó el hombro.

–Tori, es hora de levantarse –le dijo en voz baja, para no asustarla.

Ella murmuró algo, que a Eli le pareció su nombre, y luego abrió los ojos y lo miró.

–¿Qué hora es?

–Casi las cinco –le respondió él, mirándose el reloj–. Buck tendrá el desayuno preparado en diez minutos. Tienes que levantarte y vestirte. Tenemos un día muy largo por delante.

Ella se sentó y sonrió.

–Estaré abajo en cinco minutos.

Eli no pudo moverse de donde estaba. Si Tori le había parecido guapa el día anterior, nada más verla bajar del avión y después con el vestido de novia, en esos momentos lo estaba todavía más. Estaba despeinada y con la mirada somnolienta, como si acabase de hacer el amor. A él se le aceleró el pulso solo de pensarlo y tuvo que darse la vuelta e ir hacia la puerta para no perder el control.

–Nos vemos abajo –respondió, saliendo al pasillo y cerrando la puerta tras de él.

Mientras bajaba las escaleras, se preguntó qué le estaba pasando. No era la primera vez que veía a una mujer nada más despertarse. De hecho, había visto a muchas con mucha menos ropa de la que llevaba Tori en esos momentos.

Pero Tori estaba sexy hasta con un pijama rosa de franela salpicado de mariposas.

Entró en la cocina, se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. Perdido en sus pensamientos, tardó un momento en darse cuenta de que Buck acababa de hablarle.

–¿Qué has dicho?

–Te he preguntado si Tori va a bajar ya –respondió Buck, sonriendo de oreja a oreja.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Eli con el ceño fruncido–. ¿Por qué pones esa cara de idiota?

Buck se echó a reír.

–Ya has caído en sus redes.

–No.

–Se te da fatal mentir –le advirtió Buck, riendo todavía más.

–Estás jugando con fuego –respondió Eli, apretando los dientes–. Ya me dijiste lo que opinabas de que pusiese un anuncio para

encontrar esposa, y tengo que admitir que tenías razón, pero no hace falta que me lo eches en cara.

Buck sacudió la cabeza y le llevó un plato con beicon, huevos revueltos y patatas.

–No suelo admitirlo, pero estaba equivocado. Esa chica va a ser una buena esposa para ti. Tiene ganas de intentarlo y un buen corazón, como tu madre. Os irá bien si no te empeñas en que vuestra relación sea solo un acuerdo.

Eli pensó que no había oído bien.

–¿Me estás diciendo que Buck Laughlin, que siempre lo sabe todo y tiene razón, ha cometido un error?

–Sí, pero no esperes que vaya a ocurrir con frecuencia.

–No sabía que fueseis familia –comentó Tori desde la puerta.

Eli fulminó a su padre con la mirada.

–Pensé que te habías presentado a Tori anoche.

–Entró y me preguntó si era Buck, y yo le dije que sí –respondió su padre, encogiéndose de hombros–. No hablamos de mi apellido.

Eli sacudió la cabeza y después dijo:

–Tori, te presento a mi padre, Buck Laughlin, el hombre con peor genio de este lado del Mississippi.

–A mí no me parece que tenga mal genio. Sino solo mucha sabiduría que compartir, ¿verdad, Buck? –comentó ella.

Y Eli vio sonreír a su padre como no había sonreído en mucho tiempo.

–Esta chica y yo vamos a llevarnos muy bien –añadió Buck contento–. Me comprende.

Eli no podía creer que su padre hubiese cambiado tanto. Cuando le había hablado de poner el anuncio, se había pasado toda una semana intentando convencerlo de que no lo hiciera. Le había dicho que era la peor manera del mundo de conocer a una mujer. E incluso había estado un día entero sin hablarle. Y Eli pensaba que aquel era uno de los mejores días que habían tenido desde que Buck se había retirado y él había asumido las riendas del rancho.

–¿Cómo quieres los huevos, Tori? –preguntó Buck alegremente.

–Revueltos, gracias.

Mientras Tori y su padre charlaban como si fuesen dos viejos amigos, Eli sacudió la cabeza y empezó a comer a pesar de haber perdido el apetito.

Durante cinco años, Buck había criticado todas las decisiones que él había tomado acerca del rancho. Hacía doce horas que Tori había llegado y lo había convertido en un señor agradable.

–Tori, mientras tú alimentas a los terneros, yo iré a ver cómo están la yegua y el potro de ayer –le dijo Eli, levantándose de la mesa.

Limpió su plato, lo metió en el lavaplatos y añadió:

–Las terneras están en el establo en el que nos ocupamos de los animales enfermos o heridos. Cuando hayas terminado con ellos, ven al edificio en el que están los equipos.

Sin esperar a que respondiese, se puso el sombrero y salió de la cocina. No era que no quisiera que Tori y Buck se llevasen bien. Si iba a seguir casado con Tori, sería importante que se entendiese con su padre. De hecho, tal vez la presencia de Tori hiciese menos desagradable la convivencia con su padre, pero, por otra parte, si las cosas no funcionaban entre ellos, no quería que Buck le tomase cariño.

Lo que más lo confundía era la rapidez con la que su padre había cambiado de opinión. Normalmente, cuando tomaba una decisión, no la cambiaba jamás, aunque estuviese equivocado.

¿Por qué lo había hecho en aquella ocasión?

–Buck, no sabes cuánto te agradezco que me hayas enseñado a alimentar a las terneras –le dijo Tori limpiando los cubos que había utilizado para hacerlo–. Daisy y Buttercup son adorables, y me encanta tener que ocuparme de ellas.

Buck se echó a reír.

–¿Ya les has puesto nombre?

–Todo necesita un nombre –le dijo ella.

–Bueno, pues lo has hecho muy bien, las llames como las llames –le dijo él–. Por suerte, ya habían crecido un poco cuando perdieron a sus madres. La semana que viene podrán empezar a comer grano y eso hará que sea mucho más sencillo alimentarlas.

Buck había sido muy amable con ella, enseñándoselo todo, y Tori pensó que le debía una explicación.

–Supongo que te preguntas por qué le dije a Eli…

–Te voy a decir una cosa, Tori –la interrumpió él–. Se me da

bien juzgar a la gente, y he sabido desde el principio que eras una buena persona. Tienes motivos para querer estar aquí, pero no son asunto mío. Estás ayudando y esforzándote en aprender. Es con Eli con quien debes hablar de eso.

Buck echó a andar hacia la casa y después añadió:

–Ahora, vete a ayudarlo mientras yo doy de comer a los caballos. Luego volveré a la casa, porque el frío está haciendo que mi artritis empeore. Además, tengo que pensar qué voy a daros esta noche de cenar.

–Gracias otra vez, Buck –le dijo ella, acercándose a abrazarlo–. Hasta luego.

Mientras iba hacia el establo en el que estaban los tractores y los todoterrenos del rancho, Tori no pudo evitar preguntarse por qué su padre no podía haber sido como Buck. En el poco tiempo que llevaba en el rancho, Buck había sido más amable con ella que su padre en toda la vida.

Entró en el establo y se sorprendió al ver todos los vehículos que había en él.

–¿Cómo están las terneras? –preguntó Eli.

–Están bien –le respondió, acercándose a él, que estaba agachado junto a una de las ruedas delanteras de un picop rojo–. Las he llamado Buttercup y Daisy.

Él la miró por encima del hombro y sonrió.

–No intentes hacerlo con todo el ganado. Te quedarías sin nombres.

–¿Qué estás haciendo?

–Estoy conectando los cubos de bloqueo –le respondió él–. Los todoterrenos nuevos los tienen automáticos, pero este, no.

–¿Y por qué no utilizas uno de ellos?

–Porque anoche volvió a nevar y este coche es más alto, avanzará mejor por los pastos.

–¿Y no tendría más sentido utilizar un tractor?

Eli negó con la cabeza.

–No sabía que supieses conducirlo.

–¿Voy a conducir yo? –preguntó Tori asustada.

Eli asintió.

–Yo voy a lanzar heno mientras tú conduces.

Tori pensó que no podía ser tan difícil. Conducía bien y tenía que ser capaz de hacerlo en un espacio tan abierto.

–Súbete al coche, que hace más calor –le dijo Eli–. Yo conduciré hasta el granero en el que tengo las pacas pequeñas de heno y las cargaré, y luego conducirás tú.

Tori abrió la puerta y, cuando iba a subir al coche, pensó que era muy alto.

–Es mucho más alto que el todoterreno con el que viniste a recogerme al aeropuerto –comentó.

–Por eso no me deshago de él, aunque lo use solo cuando nieva mucho y no merezca la pena arrancar un tractor.

Eli se subió al volante y Tori se dio cuenta de que no sabía conducir un coche sin transmisión automática, pero pensó que se fijaría en cómo lo hacía él y aprendería rápidamente.

–¿Has pensado ya un nombre para el potrillo que nació ayer? –le preguntó él.

–Umm, no –respondió Tori, intentando concentrarse en la manera de conducir de Eli.

–¿Te pasa algo? –le preguntó él, frunciendo el ceño.

–No, estoy pensando… en el nombre –mintió.

Eli detuvo el todoterreno y se bajó a abrir las puertas del granero, luego aparcó en él para cargar el heno. Tori pensó que lo que tenía que hacer no parecía tan difícil.

Perdida en sus pensamientos, se sobresaltó al oír la voz de Eli:

–Siéntate al volante.

–Pensé que ibas a conducir tú hasta el pasto –admitió, nerviosa.

Él le sonrió y se subió al coche.

–Yo saldré a abrir y cerrar las verjas para que no tengas que pelearte tú con la nieve.

Ella tomó aire y arrancó. Luego metió la marcha, como le había visto hacer a Eli, y entonces levantó el pie del embrague y el coche se caló.

Viendo que no tenía escapatoria, se mordió el labio y confesó:

–La verdad es que no sé conducir un coche con transmisión manual.

La sonrisa de Eli la sorprendió.

–Me estaba preguntando cuánto tiempo ibas a tardar en

admitirlo.

–¿Cómo lo sabías?

–Porque has estado muy atenta a todo lo que yo hacía. Además, te he visto muy preocupada cuando te he dicho que ibas a tener que conducir hasta el pasto.

Alargó la mano y le tocó la mejilla.

–Cielo, creo que no eres consciente de que eres como un libro abierto.

–¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? –le preguntó Tori.

–Quería ver cuánto tiempo tardabas en decírmelo tú –respondió él, encogiéndose de hombros–. No pasa nada. Te enseñaré de camino al pasto.

La ayudó a arrancar y a meter la primera marcha para poder avanzar, pero el coche volvió a calarse.

–No pasa nada –le dijo Eli con paciencia–. Vuelve a intentarlo, pero suelta el embrague más despacio mientras pisas el acelerador.

–No me puedo concentrar teniéndote tan cerca –confesó Tori.

Eli le apartó un mechón de pelo de la mejilla y le preguntó:

–¿No querrás que vuelva a besarte?

–No.

–¿Estás segura?

–Sí.

–¿Segura? Porque yo sí que quiero besarte.

A Tori le dio un vuelco el corazón.

–Pero todavía no has terminado de enseñarme a conducir este coche y has dicho que tenemos muchas cosas que hacer.

–Tienes razón –admitió él, acercándose a darle un rápido beso en la boca–. Tendremos que conformarnos con esto por el momento. Vuelve a intentarlo.

Tori intentó concentrarse y volvió a arrancar. Por fin consiguió salir del granero y dirigirse hacia el pasto sin que se le calase el coche. Cada vez se sintió más cómoda.

Cuando llegaron al pasto más alejado, Eli le pidió que parase el coche y ella pensó que ya se sentía mucho más segura.

–No era tan difícil como pensaba –comentó aliviada.

–No. Y, como todavía hay varios hombres enfermos, mañana tendrás que volver a hacerlo.

–¿Qué tengo que hacer ahora, conducir despacio mientras tú vas

tirando heno? –preguntó.

Eli asintió.

–Ve despacio. Ni siquiera tendrás que meter segunda, a no ser que te encuentres con un montón de nieve.

Tori esperó a que Eli se subiese a la parte trasera del coche y no pudo evitar sentirse orgullosa de sí misma. Estaba aprendiendo cosas nuevas y sintiéndose útil por primera vez en mucho tiempo. ¡Y eso que solo llevaba un día en el rancho! Era increíble.

–Está bien, vamos –le dijo Eli.

Tori metió primera y avanzó mientras observaba a Eli por el espejo retrovisor. Le había dicho que la mayoría de su ganado estaba en las tierras que había alquilado a la Oficina de Ordenación de Tierras, y que lo cuidaban los hombres a los que había contratado para el invierno. Y entonces lo entendió.

Eli no era solo un ranchero trabajador. Era un ranchero trabajador muy rico. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta entonces?

El rancho era enorme y Eli tenía más cabezas de ganado que muchas personas pelos en la cabeza.

Cuando el abogado le había contado los términos del acuerdo prenupcial, Tori no había prestado demasiada atención, pero recordaba vagamente que había dicho que recibiría una cantidad si se divorciaban y otra cantidad, inferior, si se anulaba el matrimonio. ¿Era posible que el abogado le hubiese dicho que se llevaría un millón de dólares si se divorciaban? Sí, era posible. Aunque a ella le daba igual porque, si el matrimonio no funcionaba, no querría nada que no le perteneciese.

Sí se vería obligada a aceptar los diez mil dólares que le habían ofrecido por su tiempo y esfuerzo si el matrimonio se anulaba. No porque quisiera, sino porque tendría que hacerlo para empezar una nueva vida en otra parte.

Con el ceño fruncido, miró por el espejo retrovisor a su marido. Al marcharse de Charlotte, había pensado que ya no tendría que volver a preocuparse de que el dinero influyese en sus relaciones, mucho menos en su matrimonio.

Eli no parecía estar obsesionado con su riqueza, y parecía solo un ranchero trabajador, pero, en realidad, Tori no lo conocía. ¿Y si resultaba estar tan obsesionado con el dinero como lo había estado

su padre? ¿O la miraría mal, como habían hecho sus antiguos amigos, cuando descubriese que no tenía nada de dinero?

Perdida en sus pensamientos, Tori no se dio cuenta de que se había salido del camino que había hecho el vehículo al entrar en el pasto y, de repente, el motor se caló.

–No pasa nada –gritó Eli desde la parte trasera–. Vuelve a arrancar y regresa despacio a las huellas que hemos hecho al llegar.

Tori arrancó, metió primera y soltó el embrague demasiado pronto, haciendo que el todoterreno echase a andar demasiado deprisa. Miró por el espejo para disculparse con Eli por su brusquedad, pero no lo vio.

Se giró en el asiento y miró por encima del hombro, pero Eli no estaba por ninguna parte.

De modo que frenó, apagó el motor y salió del vehículo para buscarlo. Había varias vacas comiendo el heno que Eli había tirado y, a pesar de sentirse intimidada por su tamaño, Tori dio la vuelta al todoterreno para intentar encontrar a Eli.

El corazón le dio un vuelco al verlo tumbado en la nieve, con el sombrero de cowboy tirado a lo lejos.

–Oh, Dios mío –susurró, arrodillándose a su lado–. ¿Qué he hecho?

Le apartó el pelo de la frente y añadió:

–Por favor, Eli, que no te hayas hecho nada. Lo siento mucho. ¡Por favor, despierta!

Él abrió los ojos y, al mismo tiempo, la abrazó por la cintura y la tumbó encima de su pecho. Sorprendida, Tori gritó.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó él riendo.

–Pensé que estabas herido –respondió Tori, sintiéndose aliviada y enfadada al mismo tiempo.

–Quiero decir, que qué has hecho con el coche –se explicó Eli sonriendo.

–Estaba mirando por el espejo retrovisor –dijo ella, sin querer contarle que se había distraído al pensar que era rico y que ella no quería saber nada de personas ricas.

Él sonrió todavía más.

–Así que estabas vigilándome, ¿eh?

–Yo no he dicho eso. Estaba… bueno, da igual –balbució.

–Entonces, ¿estabas vigilando al ganado? –preguntó Eli,

arqueando una ceja.

–No.

–Entonces, me estabas vigilando a mí.

–Estaba comprobando que seguías ahí –dijo Tori.

Él negó con la cabeza y le puso la mano en la nuca para acercarla más.

–Prefiero pensar que me estabas observando. Si hubiese conducido yo y tú hubieses estado en la parte trasera del todoterreno, habría estado observándote todo el tiempo, Tori –le aseguró Eli, hablándole muy cerca de los labios.

Ella sintió un cosquilleo en el estómago y calor por todo el cuerpo. Cuando sus labios se tocaron, dejó de pensar en el dinero de Eli y en sus propios prejuicios y se concentró en cómo la hacía sentir. Tal vez hiciese solo un día que se conocían, pero en sus brazos se sentía en casa por primera vez en su vida.

–Qué besos tan dulces –comentó Eli, apartándose para mordisquearle el cuello.

–Me encanta cuando me besas, Eli –admitió ella–. Haces que me sienta que…

Se interrumpió antes de decirle que hacía que se sintiese querida. Aunque fuese cierto, no se conocían lo suficiente para admitir algo así. Tori ni siquiera sabía si Eli era como el resto de personas ricas a las que había conocido.

–¿Cómo te hago sentir? –le preguntó él.

–Me haces sentir bien –le respondió Tori riendo.

Él la miró fijamente y después sonrió muy despacio.

–Si tú lo dices –comentó, levantándola y dejándola a su lado–. Viniendo de Charlotte, apuesto a que no has hecho nunca un ángel en la nieve.

–No.

Eli le dijo lo que tenía que hacer y ella sonrió, se tumbó en la nieve y se puso a moverse sin parar.

–Bueno, ya está bien –dijo él, ayudándola a levantarse–. Súbete a la parte trasera del todoterreno y podrás ver tu primer ángel.

Tori no pudo dejar de sonreír al verlo.

–Es precioso, parece un ángel de verdad. Ojalá tuviese una cámara para hacerle una fotografía.

–Toma, utiliza esto –le sugirió Eli, ofreciéndole su teléfono

móvil.

Y Tori sonrió porque supo que Eli hacía aquello solo para hacerla feliz, no porque le encantase hacer ángeles en la nieve.

Hizo la fotografía y Eli la ayudó a bajar de la parte trasera y a subir al asiento del copiloto.

–¿No tenemos que repartir más heno? –le preguntó ella.

–No. He terminado justo cuando has dado ese volantazo –respondió Eli riendo.

Luego le dio la vuelta al coche para sentarse detrás del volante.

–No pensé que hubiera cobertura en el valle.

–Y no la hay. Tengo el teléfono para cuando salgo de él, así Buck puede localizarme si necesita algo.

Mientras volvían al rancho, Tori miró a Eli y no pudo evitar sentir cierta envidia. Su padre y ella nunca habían tenido una relación como la que tenían Eli y Buck. Sabía que se enfadaban a veces, pero también estaba segura de que se querían mucho. Si no, Eli no llevaría encima un teléfono que no podía utilizar casi nunca solo para que Buck pudiese localizarlo si salía del valle.

Tori suspiró y miró por la ventanilla. Quería formar parte de algo así. Lo necesitaba.

Si las cosas salían bien con Eli y decidían seguir casados, podría tener eso. O, al menos, algo parecido.

Uno de los motivos por los que había contestado al anuncio era que quería tener hijos. Con un hijo, al menos tendría a alguien que la querría de manera incondicional, pero ¿sería el amor de un hijo suficiente?

No supo responder a aquella pregunta, así que apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y cerró los ojos. Lo que sí tenía era tiempo. Ambos tenían un mes para decidir si querían seguir casados. Con un poco de suerte, después de un mes tendría la respuesta a sus preguntas y sabría cómo proceder con el resto de su vida.

Capítulo Cuatro

Eli volvió de ver cómo se encontraban sus hombres, que ya llevaban dos días con gripe, y se puso a pensar en Tori. Cuando había pasado a ver al capataz, Jack, Sally Ann le había preguntado si necesitaba que lo ayudase a algo. Y había sido entonces cuando se había dado cuenta de lo mucho que lo había ayudado Tori en los últimos días. No solo lo había ayudado en las interminables tareas que había en un rancho tan grande, sino que lo había hecho todo sin preguntar ni quejarse. Eli estaba seguro de que, cuando le daba el beso de buenas noches en la puerta de su habitación, antes de dirigirse a la suya a darse una ducha fría, estaba completamente agotada.

Cuando los hombres se recuperasen, tendría que demostrarle a Tori lo mucho que le agradecía todo lo que había hecho. Podría tomarse un día y enseñarle la parte del rancho a la que solo podía accederse a caballo. Eso, si es que Tori sabía montar.

Eli sonrió mientras aparcaba el todoterreno en el granero. ¿Qué haría Tori para fingir que sabía montar a caballo? Porque estaba seguro de que eso era lo que iba a ocurrir.

Lo que no entendía era que no le dijese directamente que no sabía absolutamente nada de cómo se vivía en el campo, y lo que le sorprendía era no sentirse decepcionado con ella por el engaño. Tal vez era porque, gracias al acuerdo prenupcial, sabía que podría terminar anulando el matrimonio. Además, había pedido que la investigasen, y en un par de días sabría si le estaba ocultando algo.

Decidió que la llevaría a dar un paseo corto a caballo para ver cómo se desenvolvía antes de hacer una excursión más larga.

Se dirigió al establo en el que estaban las terneras y vio salir de él a su padre.

–Así que por eso ha sabido Tori qué hacer con los potrillos –comentó Eli.

Su padre se encogió de hombros.

–Solo he tenido que enseñarle a mezclar la leche y a limpiar los

cubos la primera vez, después, lo ha hecho todo ella sola.

–¿Y hoy le has enseñado cuánto grano debe empezar a darles? –adivinó Eli.

–Sí –respondió Buck sonriendo–. No sé si sabes que no vas a poder poner a esas terneras con el resto del ganado cuando crezcan.

–¿Por qué no?

–Porque le romperás el corazón a Tori. Les ha puesto nombre y les habla como si fuesen sus bebés –le contó Buck, sonriendo y sacudiendo la cabeza–. Tu madre hacía lo mismo al principio.

–¿Y qué hiciste tú?

–Los dejé en el granero de engorde hasta que naciste tú, y luego los puse con el resto. En cuanto te tuvo a ti, tu madre dejó de pensar en los animales. Supongo que a Tori le ocurrirá lo mismo.

–¿Es tu manera de decirme que quieres un nieto? –preguntó Eli arqueando una ceja.

Buck siempre había sido muy directo. Cuando quería algo, lo decía sin ningún miramiento.

–La verdad es que no me importaría que hubiese un par de niños corriendo por aquí –admitió, pensativo–. Aunque no lo había pensado hasta que tú no lo mencionaste.

–Es un poco pronto para pensar en eso –le dijo Eli–. Solo hace cuatro días que conozco a Tory y todavía tenemos que decidir si queremos intentar que las cosas funcionen o si seguimos cada uno nuestro camino.

–¿Y sabes cuánto tiempo vais a tardar en decidirlo? –preguntó Buck.

–Eso es cosa de Tori y mía –le respondió Eli entre dientes.

No iba a contarle a su padre que había contratado a Sean Hartwell para que la investigase. Por una parte, porque Buck había decidido que Tori era la mujer perfecta para él. Y, por otra, porque no quería que a su padre se le escapase nada delante de Tori.

–Ya te expliqué que tenemos un mes para conocernos antes de tomar una decisión.

–Ya sabes que no me gustó que buscases esposa así, pero lo cierto es que pienso que no podrías haber encontrado una mejor –admitió Buck, echando a andar hacia la casa–. Yo no tardaría un mes en decidirme.

–¿Por qué dices eso? No la conoces mejor que yo. Ni siquiera

quisiste venir a la boda. Así que me gustaría saber cómo es que has cambiado tan repentinamente de opinión.

–Sabes que si hay algo que siempre se me ha dado bien es conocer a las personas nada más verlas –le dijo su padre–. Tori es una buena chica. Aunque lo haya pasado muy mal recientemente.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Eli, que siempre había respetado la opinión que su padre tenía de otras personas.

Tenía que admitir que su padre nunca se había equivocado con nadie, pero siempre podía haber una primera vez.

–¿Te ha contado algo? –le preguntó.

–No, y no soy yo quien debe preguntarle al respecto. Así que no me pidas que lo haga.

–No pretendía hacerlo.

–Mejor, porque no voy a hacerlo.

–Estabas a punto de contarme por qué piensas que es una buena persona –añadió Eli.

–No pienso que sea una buena persona, sé que es una buena persona –lo corrigió Buck–. Se le ve en los ojos. Alguien o algo le ha hecho daño y me parece que todavía está intentando encontrar su camino. Así que dale una oportunidad, ¿me has oído? O tendrás que vértelas conmigo.

A pesar de conocer muy bien a su padre, a Eli siempre le molestaba que lo tratase como a un niño pequeño. Era un adulto capaz de tomar sus propias decisiones.

No obstante, cuando se tranquilizó, pensó en todo lo que Buck le había dicho. El primer día que había visto a Tori, le había parecido una chica vulnerable y un poco insegura, y había tenido la sensación de que estaba huyendo de algo. ¿Por qué si no iba una mujer tan bella a casarse con alguien a quien no conocía?

No tenía ni idea. Se preguntó si habría salido de una relación en la que había sufrido mucho.

Solo de pensar que un hombre le había hecho daño, sintió ganas de tenerlo delante y hacerle daño también, pero eso no tenía sentido. Tori no tenía por qué ocultar algo así, ni tampoco tenía por qué huir tan lejos.

Aunque también era posible que no hubiese sido un hombre lo que le había hecho huir.

Eli suspiró. Solía ser paciente, pero en esos momentos estaba

deseando que Sean lo llamase y le contase qué había averiguado.

–Eli, ¿te pasa algo?

Levantó la cabeza y vio a Tori cerrando las puertas del establo antes de acercarse a él.

–No, te estaba esperando –le respondió, poniéndole un brazo alrededor de los hombros.

Decidió que había llegado el momento de que hiciesen algo juntos que no fuese trabajar.

–¿Te apetece ver una película esta noche?

–Por supuesto, pero no sé si nos va a dar tiempo de ir a Eagle Fork, ver la película y volver antes del amanecer.

Eli se echó a reír.

–Estaba pensando hacer unas palomitas en el microondas y verla en casa.

–Suena bien –respondió Tori sonriendo–. Hace tanto tiempo que no veo una película que no recuerdo ni cuándo fue.

–Entonces, decidido.

Eli miró a Tori y pensó que le gustaba que le hiciese sonreír. ¿Por qué no había pensado en tener algún detalle con ella hasta entonces?

Quiso pensar que era porque había estado muy ocupado trabajando, pero lo cierto era que hacía tanto tiempo que no salía con una mujer que había perdido la práctica. Ni siquiera se había planteado que, para conocerla mejor, tal vez podría cortejarla un poco.

Intentó recordar la última vez que había tenido una cita. ¿Hacía un año? ¿O año y medio?

Frunció el ceño. No podía contar la noche del verano anterior en la que había salido a tomar una cerveza con Blake y había estado con una pelirroja. Porque aquello era lo único que recordaba de ella, que era pelirroja.

También era cierto que no había tenido la oportunidad de salir con muchas mujeres. Trabajaba muy duro y vivía a hora y media, casi dos si conducía a la velocidad establecida, del pueblo más cercano.

Pero eso nunca le había importado. Al menos, hasta que había cumplido los treinta y cuatro años y se había dado cuenta de que iba a necesitar un heredero para el rancho. El caso era que había

encontrado a una mujer e iba a pasar tiempo con ella, al menos, hasta que Sean le enviase su informe.

–¿Qué película has escogido? –le preguntó Tori durante la cena.

Mientras ella ayudaba a Buck a terminar de preparar la comida, Eli había ido al salón a ver la lista de las películas disponibles en Pay Per View.

–He pensado que no querrías ver una de acción –comentó Eli sonriendo.

Ella negó con la cabeza.

–No, tengo que admitir que no.

–No te preocupes, hay una comedia romántica que me parece que te va a gustar.

–¿Vas a verla con nosotros, Buck? –preguntó Tori, girándose hacia el otro hombre.

Este sonrió y negó con la cabeza.

–No. Estoy cansado, así que me iré a la cama en cuanto cargue el lavaplatos.

–¿Estás seguro? –insistió Tori, que no quería dejarlo fuera.

–Estoy seguro. Y tampoco contéis conmigo para el sábado por la noche. Es la noche que salgo a jugar al póker y a beber cerveza con mis amigos. No volveré hasta el domingo por la mañana.

–¿Es lo que sueles hacer tú también los sábados por la noche? –le preguntó Tori a Eli.

–No. Es la única noche que puedo librarme de Buck y no quiero prescindir de ella.

–Uno de estos sábados, voy a quedarme en casa solo para fastidiarte –replicó Buck en tono beligerante.

Tori se preguntó por qué estaban los dos tan tensos, y esperó no ser ella la causa de su enfado.

Cuando la conversación pasó a tratar temas del rancho, y de los proyectos que Eli tenía para la primavera, ambos parecieron relajarse un poco. Cuando terminaron de cenar, Tori tenía una idea que esperaba tuviese buena aceptación.

–Sé que es posible que no esté aquí en primavera –comentó en tono cauto–, pero, si sigo aquí, ¿os importaría si planto algunas flores y, tal vez, un pequeño huerto?

Ambos hombres guardaron silencio y la miraron con incredulidad.

Tori se sintió incómoda.

–No tenía que haber dicho eso. Yo… –balbució.

Luego, suspiró pesadamente, sacudió la cabeza y clavó la vista en el plato.

–Da igual. Era solo una idea.

Cuando Eli le tocó la mano, levantó la vista para mirarlo.

–Si es lo que quieres, a mí me parece bien.

–A mí me parece buena idea –intervino Buck–. Hasta podría ayudarte a cuidarlos.

–Gracias, Buck –respondió ella, levantándose para llevar los platos al fregadero–, pero ya lo pensaremos más adelante.

Mientras ayudaba a Buck a cargar el lavaplatos, Tori se preguntó si Eli habría pensado que era una presuntuosa. Al fin y al cabo, solo se habían dado unos apasionados besos, y era demasiado pronto para saber qué iba a ser de su relación.

–La película va a empezar –anunció Eli.

–Buck está cansado y yo debería ayudarlo a recoger la cocina –dijo ella.

–Id los dos a ver la película –dijo Buck–. Solo hay que cargar el lavaplatos.

–¿Estás seguro?

Tori no quería que pensasen que no quería ayudar en la casa.

–Seguro –insistió Buck, dándole una palmadita en el hombro–. Has trabajado mucho desde que llegaste aquí. Ahora, vete a disfrutar de la película con Eli.

De camino al salón, Tori se preguntó si querría hablar con ella de su sugerencia de plantar flores, pero, cuanto más lo pensaba, más le parecía que tenía todo el derecho del mundo a pensar que seguiría allí en primavera. Se había casado con Eli de buena fe y con la intención de hacer que su unión durase. Haciendo planes de futuro solo estaba reafirmando su compromiso.

–¿Qué vamos a ver? –preguntó, sintiéndose más segura.

Si Eli no entendía que ella estaba dispuesta a intentar que su matrimonio funcionase, peor para él.

–Se me ha olvidado el título, pero sale Julia Roberts –le respondió Eli, digiriéndose al sofá de piel.

–Seguro que me gusta –comentó ella, sentándose en el sillón que había al lado del sofá.

–Eh, ¿adónde vas? –le preguntó Eli, agarrándola de la mano.

–No sabía…

Lo miró a los ojos y suspiró.

–Eli, no se me dan bien estas cosas.

Él frunció el ceño, como si no supiese de qué estaba hablando.

–¿A qué te refieres?

–Nuestra situación es tan poco convencional que no sé qué tengo que hacer ni qué decir en cada momento –se explicó, intentando aclarar sus pensamientos–. Soy tu esposa, pero no te conozco tan bien. Ahora estamos casados, pero no sé si seguiremos estándolo cuando la nieve se derrita.

Sacudió la cabeza.

–No sé si hacer planes o solo vivir en un estado de incertidumbre hasta que… A decir verdad, no sé cuándo voy a sentirme más segura con respecto a todo esto.

Frunció el ceño.

–Ni siquiera sé donde sentarme –terminó.

Él la miró fijamente durante unos segundos y luego sonrió y la abrazó.

–Yo tampoco sé qué es lo que va a pasar, cielo, pero no quiero que te sientas insegura. Quiero que hables conmigo con franqueza, que me digas lo que piensas de nuestra situación y cómo te sientes. Será la única manera de que decidamos qué hacer cuando llegue el momento.

Tori se sintió como si le acabasen de quitar un enorme peso de encima.

–Lo mismo te digo. Esto nos afecta a ambos, así que también quiero que me hables abiertamente de lo que piensas.

Él la abrazó con más firmeza y la besó en los labios.

–Trato hecho.

Cuando sus labios la tocaron, Tori dejó de pensar y empezó a sentir. Había oído a sus amigas decir que los besos de sus novios eran embriagadores, y no lo había entendido hasta entonces.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Eli la había tomado en brazos y se había sentado en el sofá, con ella en su regazo, y la caricia de su mano, que bajó de la cintura a la pierna, para después

subir a un pecho, no podría haberla excitado más. Eli le acarició el pezón, y Tori notó su erección contra la pierna. Tal vez no se conociesen demasiado, pero sus cuerpos no parecían tener ningún problema en comunicar lo que sentían y lo que necesitaban el uno del otro.

–Será mejor que encendamos la televisión y empecemos a ver la película –susurró Eli contra su piel, besándola en el cuello–. Si no, vamos a consumar este matrimonio mucho antes de lo que los dos pensábamos.

Ella se estremeció.

–Sí, será lo mejor –balbució, levantándose de su regazo.

Eli la ayudó a sentarse a su lado y le puso el brazo alrededor de los hombros. Luego utilizó el mando a distancia para poner a película.

Mientras esta avanzaba, Tori notó cómo la mirada se le iba de la pantalla al hombre que tenía al lado. No se parecía en nada a los hombres ricos que había conocido en Charlotte. Para empezar, ninguno de ellos trabajaba tanto como Eli. En los últimos días, le había visto realizar duros trabajos manuales sin quejarse lo más mínimo. Además, ninguno de los hombres a los que había conocido, incluido su padre, se habrían querido quedar en casa a ver una película. Si no podían asistir a un estreno, directamente no veían la película.

Perdida en sus pensamientos, le sorprendió ver que se había terminado la película y empezaban a salir los títulos de crédito.

–Muy buena –comentó, si saber si lo era o no.

Eli asintió.

–Ha tenido sus momentos.

Tori fingió bostezar y se puso en pie.

–Supongo que es hora de irse a la cama. Las niñas me esperan mañana temprano.

–¿Has pensado en cómo quieres llamar al potrillo? –le preguntó él, apagando la televisión.

Tori no había tenido tiempo de pensar.

–No, pero teniendo en cuenta su color, Cobre sería adecuado.

Él pareció pensarlo mientras subían las escaleras.

–Me parece bien para un potro alazán.

Tori se dijo que tenía que buscar en Internet qué significaba

aquella palabra, aunque suponía que se refería al color del animal.

Cuando se detuvieron en la puerta de su habitación, Eli utilizó el dedo índice para apartarle un mechón de pelo de la mejilla.

–Mañana por la tarde voy a ensillar un par de caballos e iremos a orillas del estanque a romper el hielo.

Durante los últimos días, al llevar el heno al ganado, habían parado a orillas del estanque a hacer agujeros en el hielo para que los animales pudiesen beber.

–¿No hace falta que llevemos heno?

Pensó que ojalá fuese fácil montar a caballo. Lo había hecho una vez, de niña, pero en una zona cerrada, en el cumpleaños de una amiga, con un adulto que dirigía al caballo.

–La mayoría de los hombres se han recuperado de la gripe ya y empezarán a ocuparse de sus tareas mañana –respondió él, inclinándose a darle un beso en los labios.

Luego levantó la cabeza y le dijo:

–Que duermas bien, Tori.

Esta lo vio alejarse por el pasillo y estuvo a punto de abanicarse. Si un beso le provocaba aquel calor, no quería pensar cómo sería hacer el amor con él.

Se estremeció y no supo si era por el deseo que sentía por Eli o por el miedo que le causaba pensar lo que este iba a averiguar de ella en las siguientes semanas. En cualquier caso, tenía la sensación de que no tardaría en saber si iban a seguir juntos o no. Solo esperaba que Eli la comprendiese cuando le contase todo lo ocurrido con su padre y los motivos que tenía para huir de la única vida que había conocido.

Eli vio por el rabillo del ojo cómo Tori miraba a una pequeña yegua que él mismo había ensillado. Era de menor tamaño y temperamento que la mayoría de los caballos del rancho, y también más fácil de montar. Porque no tenía la menor duda de que Tori no había montado nunca a caballo. Solo había que ver la cara que había puesto cuando le había dicho que iban a salir a montar el día anterior.

–Venga, monta –le dijo–. En un minuto estará ensillado mi caballo.

–No puedo –respondió ella.
–¿Por qué no?
–El caballo es demasiado alto. Y no puedo subir el pie hasta el estribo –le explicó, encogiéndose de hombros.
No parecía disgustada, sino más bien aliviada.
–¿Y cómo montabas en Carolina del Norte? –le preguntó Eli sin poder evitar sonreír.
–Siempre me ayudaba alguien –contestó Tori.
Eli se acercó a ella, la agarró de la cintura y la levantó. Se fijó en la marca de sus pantalones y se dijo que nunca le había gustado tanto Calvin Klein.
–Pasa la pierna por encima del lomo de la yegua –le pidió, preguntándose cuánto tiempo más iba a aguantar dándose duchas frías.
Una vez sentada, Tori sonrió de manera tensa.
–Ya estoy preparada.
Él también estaba preparado, pero no precisamente para montar a caballo. Se alejó de ella y fue a ensillar su caballo.
–Ve tú delante –le pidió a Tori, cambiando de postura para acomodarse bien la erección.
–Prefiero que vayas delante tú –le dijo ella.
–Cielo, ¿cuándo vas a admitir que es la primera vez que montas a caballo?
–No es la primera vez –insistió ella–, pero ha pasado mucho tiempo.
–¿Cuánto exactamente?
–Unos años –admitió ella suspirando–, pero estoy segura de que voy a acordarme.
Eli se echó a reír y sacudió la cabeza mientras hacía avanzar a su caballo. En cuanto consiguiese que Tori admitiese que no tenía ni idea de montar, la enseñaría. Aunque una cosa sí era cierta, tal vez no tuviese experiencia, pero no le faltaba valor para intentarlo.
La yegua siguió a su caballo tal y como Eli había sabido que haría y pronto estaban saliendo de las inmediaciones del rancho y llegaban al primer pasto. Eli hizo que su caballo redujese el paso y se puso al lado de Tori.
–¿Qué? ¿Te estás acordando? –le preguntó.
–Es como montar en bicicleta –respondió ella, asintiendo.

–Sí. Cuando se aprende, ya no se olvida.

Eli no quería recordarle que aquella bicicleta estaba viva y, a pesar de ser la yegua más dulce del rancho, siempre podía ser imprevisible.

Cuando llegaron al estanque, Eli vio que Tori había empezado a relajarse.

–No hace falta que desmontes –le dijo, haciéndolo él–. He pensado que te gustaría dar un paseo y divertirte un poco, en vez de pasarte el día trabajando, como hemos hecho últimamente.

–Gracias –respondió Tori sonriendo–. Hemos estado tan ocupados desde que llegué, que casi no puedo creer que ya haya pasado una semana.

Él asintió y sacó un hacha para empezar a romper el hielo que había al borde del estanque.

–Ahora que la mayoría de los hombres han vuelto al trabajo, estaremos menos ocupados.

–¿Eli? Yo… Creo que necesito tu ayuda.

Él levantó la vista al darse cuenta de que Tori tenía miedo y casi se le salió el corazón del pecho.

Al parecer, Tori había dejado que la yegua hiciese lo que quisiese mientras ella lo esperaba, y el animal había echado a andar por el agua helada del estanque.

Capítulo Cinco

–Ven, Ginger –dijo Eli con voz tranquila, pero firme.

No quería asustar ni a Tori ni al animal, pero tenía que conseguir que volviesen a tierra firme. A pesar de que el hielo era grueso, podía romperse.

La yegua se detuvo y él añadió:

–Tori, la yegua está entrenada para dejarse guiar por las riendas. Quiero que tires de la derecha para que se gire. Y después, muy despacio, quiero que la hagas volver aquí.

Si hubiese sido él quien hubiese montado al animal, lo habría hecho retroceder, pero enseñar a alguien a hacer retroceder a un caballo en una superficie helada no era precisamente algo sencillo. Y tampoco se atrevía a caminar sobre el hielo para tomar él las riendas.

–Vamos a conseguirlo, Ginger –le dijo Tori a la yegua.

Aunque no parecía muy segura.

–Muy bien, nena –le dijo Eli, intentando tranquilizarla–. Solo un poco más.

Tori y la yegua estaban casi en tierra firme cuando se oyó un ruido que hizo que Eli sintiese más miedo que en toda su vida. El hielo estaba empezando a romperse.

–Tori, cariño, mírame y enseguida estarás aquí –le dijo en voz baja.

Acababa decir aquello cuando vio horrorizado cómo se rompía el hielo y la yegua y Tori caían al agua helada. Por suerte, estaban lo suficientemente cerca como para que a Tori solo le cubriese hasta la cintura, pero la hipotermia era un riesgo en el que Eli no quería ni pensar.

Sacó a Tori del agua, le puso su sombrero y sacó del bolsillo un pañuelo que le colocó alrededor de la nariz y la boca para que se le escapase la menor cantidad de calor posible del cuerpo.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella, mientras le castañeteaban los dientes.

Él le quitó el abrigo mojado.

–No te preocupes, cielo –intentó calmarla.

Tenía que mantenerla lo más caliente posible hasta que llegasen a casa.

Con el corazón acelerado, se quitó el abrigo y se lo puso, y luego dirigió su atención a la yegua, que estaba muy asustada. La desensilló, quitó la manta que había debajo, que todavía estaba caliente, y le enrolló con ella las piernas a Tori.

Luego la subió a lomos del caballo, se sentó detrás de ella e intentó darle calor con su cuerpo.

–No te preocupes, cielo, estaremos en casa en unos minutos.

No estaban lejos, pero aquella distancia nunca se le había hecho tan larga. Unos minutos después, que a él le parecieron horas, entraban en la casa.

Eli dirigió al caballo al porche trasero, desmontó, tomó a Tori en brazos, y la llevó dentro.

–Llama a Jack y dile que mande a un hombre al estanque, a sacar a la yegua, y a otro para que se ocupe de mi caballo –le ordenó a Buck al pasar–. Luego, mete unas mantas en la secadora para calentarlos.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Buck, siguiéndolo por el pasillo.

–Tori se ha caído al agua helada –respondió él, subiendo las escaleras de dos en dos.

Pasó por delante de la puerta de la habitación de ella y la llevó directamente a la habitación principal. La dejó en el suelo y le quitó la ropa que le quedaba puesta.

–Para –le dijo ella.

–Tengo que quitarte el resto de la ropa mojada, Tori –le dijo él, contento de que Tori protestase, porque eso significaba que no se sentía aturdida.

–Tengo frío… –añadió esta temblando.

–Lo sé, cielo –respondió él, sacando su ropa térmica de un cajón. La ayudó a ponerse los pantalones, unos calcetines gruesos, un gorro de lana, y luego la llevó hasta la cama.

–Empezarás a notar calor en unos minutos –le aseguró Eli, dándole un beso en la mejilla antes de ir a buscar el termómetro digital en el botiquín que tenía en el cuarto de baño.

Se lo puso en el oído y suspiró aliviado al ver que solo estaba un

par de grados por debajo de lo normal. Le tomó el pulso y comprobó que era firme y regular.

–¿Va todo bien? –preguntó Buck, entrando en la habitación cargado de mantas.

Eli nunca lo había visto tan preocupado.

–Creo que sí. Es un caso leve de hipotermia –le explicó, apartando la colcha para poner encima de Tori las mantas calientes y quitándose después la camisa–. La he sacado enseguida, y el agua solo le llegaba al vientre.

–¿Cómo ha ocurrido? –preguntó su padre con el ceño fruncido, como si pensase que Eli no había tenido cuidado.

–Es una historia muy larga –contestó él, desabrochándose el cinturón–. Ya te la contaré luego. Ahora, prepárale ese té con miel que dices que lo cura todo. Al menos, la mantendrá caliente por dentro.

Sin esperar a que Buck respondiese, Eli se sentó en la cama para quitarse las botas y los calcetines, y después hizo lo mismo con los vaqueros y la ropa interior. Se metió en la cama y abrazó a Tori.

–¿Qué-qué haces? –balbució ella, acurrucándose contra su cuerpo.

–Compartir mi calor corporal contigo.

–Me has quitado la ropa.

–Y volvería a hacerlo si hiciese falta –respondió Eli–. Levanta la pierna, cielo.

–¿Por qué?

–Voy a meter una pierna entre las tuyas para calentarte la sangre que te corre por las arterias femorales –le respondió él.

Tori obedeció y él se preguntó cómo podía ser tan cretino. Estaba empezando a excitarse.

¿Cómo podía excitarse en una situación así? Tori necesitaba el calor de su cuerpo, no su deseo. Hizo un esfuerzo sobrehumano e intentó controlar sus hormonas mientras la abrazaba.

–Gracias, Eli –le dijo ella unos minutos después–. Me has salvado la vida.

Aquello hizo que Eli se sintiese culpable. Tenía que haberle dicho a Tori que sabía que nunca había montado a caballo. ¿Y si se hubiese caído en una parte más profunda del estanque? ¿Y si no hubiese podido sacarla del agua y llevarla a la casa en tan poco

tiempo?

El cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. Si a Tori le hubiese ocurrido algo, jamás se lo habría podido perdonar.

–Ya estás a salvo –le dijo por fin, tragándose el nudo que tenía en la garganta.

–¿Cómo has sabido lo que tenías que hacer? –preguntó ella, ya sin que le castañeteasen los dientes.

–Cuando uno vive con este clima y tan lejos del pueblo, la asistencia médica no siempre llega a tiempo –le dijo, dándole un beso en la frente–. Por eso hay que aprender a ser cauto y hay que saber qué hacer en una situación de emergencia, porque ahí puede estar la diferencia entre la vida y la muerte.

Ella asintió.

–Me alegro de que supieras lo que tenías que hacer.

Él estuvo a punto de decirle que podían haber evitado el accidente, pero en ese momento llamaron a la puerta.

–Entra, Buck.

–¿Cómo está? –preguntó su padre, entrando con una taza de té caliente y dejándola en la mesita de noche.

–Gracias a la rápida reacción de Eli, voy a estar bien, Buck –le respondió Tori–. Ya no tengo tanto frío.

–¿Me pasas el termómetro? –le pidió Eli a su padre.

–Cuando estés seguro de que Tori va a estar bien, me gustaría hablar contigo abajo –le dijo Buck, dándole el termómetro.

Y, sin esperar su respuesta, salió de la habitación.

Eli le tomó la temperatura a Tori, seguro de que su padre le iba a echar una buena charla por haberla puesto en peligro. Por una vez estaba de acuerdo con su padre. Tori no estaba acostumbrada a aquel clima, y no tenía ni idea del peligro que había corrido, pero él sí, y su irresponsabilidad podía haberle costado la vida.

Una hora después, Tori se había bebido el té había dejado de temblar, y la temperatura le había vuelto a la normalidad.

–¿Cómo te encuentras, cielo? –le preguntó Eli, tomándole el pulso, que era fuerte.

Ella se quitó el gorro de lana de la cabeza.

–Estoy empezando a sentir calor y tengo ganas de dormir la siesta.

–Muy bien –respondió Eli, sentándose en el borde de la cama y

tomando su ropa–. La temperatura es normal y estás cansada porque tu cuerpo ha utilizado mucha energía para intentar mantenerse caliente.

–Antes no querías que me durmiese –comentó ella, bostezando–. ¿Estás seguro de que ya puedo hacerlo?

Él asintió y se levantó para abrocharse los pantalones vaqueros.

–Descansa. Voy a bajar a hablar con Buck, te prometo que estaré aquí cuando despiertes.

Se puso la camisa y se inclinó a darle un beso. Tori tenía los ojos cerrados con fuerza y las mejillas sonrosadas.

–¿Te pasa algo?

–No.

–Entonces, ¿por qué aprietas así los ojos y estás colorada? –le preguntó Eli, a pesar de tener la sensación de conocer la respuesta.

Tori se ruborizó todavía más.

–No me había dado cuenta de que estaba en brazos de un hombre desnudo.

–Ya puedes abrir los ojos, estoy vestido –le dijo él sonriendo–. Y, solo para que lo sepas, la próxima vez que estés conmigo en esta cama, yo no seré el único que esté desnudo.

Ella abrió mucho los ojos, pero no dijo nada, se había quedado sin habla.

Eli le dio otro beso rápido y se obligó a salir de allí antes de que cambiase de opinión, se volviese a quitar la ropa y se metiese en la cama. Tori necesitaba descansar y él tenía que aguantar el sermón de Buck.

A la mañana siguiente, Tori se despertó de día por primera vez desde que había llegado al rancho. Miró el reloj que había en la mesita de noche y apartó las mantas para salir de la cama. Eran poco más de las ocho y tenía que haber alimentado a las terneras hacía varias horas.

Se dio una ducha, se vistió y pensó en lo ocurrido el día anterior, que podía haber terminado en desastre. Había sido culpa suya. Si no hubiese intentado fingir que sabía montar a caballo, jamás se habría caído en el hielo. Por suerte, Eli había sabido qué hacer y lo había hecho sin dudarlo.

Sintió calor en las mejillas al pensar que la había visto desnuda. Y ella a él también, al salir de la cama.

Sintió un cosquilleo en el estómago al recordar su espalda ancha y sus fuertes hombros. Su trasero redondeado y sus musculosas piernas, que bien podían haber pertenecido al *David* de Miguel Ángel.

Sacudió la cabeza mientras se apresuraba a bajar las escaleras. Si aquella era su reacción al verlo de espaldas, ¿cómo se sentiría…?

–Ni lo pienses –se dijo a sí misma en voz alta.

Al entrar en la cocina, Tori vio a Buck sentado a la mesa, tomándose un café y mirando un catálogo de semillas.

–Buenos días, chica –la saludó, levantando la vista–. ¿Qué te apetece desayunar?

–Buenos días, Buck –respondió ella–. No tengo tiempo de desayunar. Tenía que haberme levantado hace horas para alimentar a las terneras.

–Ya está hecho –le informó él, levantándose y dirigiéndose a los fogones.

–Oh, Buck, siento mucho que hayas tenido…

–No me des las gracias a mí, se ha ocupado de ellos Eli y me ha pedido que te dejase dormir.

–Debería ir a ver si necesita que lo ayude a algo –añadió Tori, yendo a por su abrigo, pero entonces recordó que Eli se lo había quitado junto al estanque–. Estoy pensando que ya no tengo abrigo.

Buck sonrió y sacó los huevos.

–Uno de los hombres lo recogió y lo trajo aquí. Lo he lavado y se está secando –le contó–. ¿Qué te parece si te hago unos huevos revueltos, un filete y unas galletas?

–Suena estupendamente, pero no quiero darte trabajo –le contestó Tori, sacando una taza del armario para servirse café–. Tomaré café y unas tostadas.

–No puedes recuperar las fuerzas comiendo como un pajarito –le advirtió Buck con desaprobación–. Siéntate.

Los huevos estaban ya en la sartén, y Tori se dio cuenta de que no merecía la pena discutir con él. Se sentó y le dijo:

–En cuanto mi abrigo esté seco, intentaré encontrar a Eli para que me diga qué quiere que haga hoy.

–Me ha pedido que no te permita salir de casa –le contó Buck,

abriendo la puerta del horno para sacar una bandeja de galletas que había puesto a calentar.

Luego se giró a mirarla.

–En circunstancias normales, habría dicho que es un prepotente, pero en esta ocasión tiene razón. No pienso que debas salir todavía con este frío.

–Estoy bien –le aseguró Tori.

Él asintió y le llevó el plato.

–Y queremos que sigas estándolo.

Tori suspiró y, mientras tomaba el delicioso desayuno que Buck le había preparado, se preguntó qué iba a hacer el resto del día. Desde que había llegado al rancho había pasado prácticamente todo el tiempo ocupándose de los animales y ayudando a Eli con sus tareas. Era increíble, la rapidez con la que se había acostumbrado a la actividad física.

Cuando terminó de desayunar, tomó el catálogo que Buck había estado mirando un rato antes.

–¿Te importa si le echo un vistazo? –le preguntó.

–Adelante –respondió él sonriendo y sentándose a su lado con una taza de café–. Llegó por correo hace unos días y he pensado que sería buena idea empezar a pensar qué vamos a querer plantar en el jardín cuando llegue la primavera.

Tori no quiso recordarle que tal vez ella ya no estuviese allí en primavera, pero se dijo que no tenía nada de malo empezar a hacer planes, por si acaso sí que seguía en el rancho. Además, aunque ella no estuviese, tal vez Buck quisiese seguir adelante con el proyecto.

Estaban hablando del huerto y los vegetales que iban a plantar cuando llegó Eli. Colgó su abrigo y se sirvió un café antes de sentarse con ellos a la mesa.

–¿Has dormido bien?

–He dormido bien, pero tenías que haberme despertado para que fuese a alimentar a las niñas –comentó sonriendo–. ¿Cómo están Daisy y Buttercup esta mañana? ¿Le has rascado la espalda a Daisy? Le encanta. Y a Buttercup, que le frotes la frente.

Al ver que ambos hombres se miraban, Tori se quedó en silencio. La expresión de Buck era petulante y Eli lo estaba fulminando con la mirada.

–¿Tiene algo de malo que establezca un vínculo con los animales

que cuido?

–En absoluto, cielo –le aseguró Eli, tomando su mano–. Me parece bien que te preocupes por ellos.

–A mí también –admitió Buck con los ojos sospechosamente húmedos.

Eli se miró el reloj, se levantó a rellenar la taza de café y dijo:

–Por mucho que me fastidie, hoy me toca hacer la contabilidad del rancho.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó Tori, pensando que prefería hacer eso a pasarse el día sin hacer nada.

–Puedes hacerme compañía si te apetece –le respondió Eli sonriendo.

Aquella sonrisa hizo que Tori sintiese calor.

–Buck, si me avisas a tiempo, te puedo ayudar a hacer la comida –comentó Tori antes de salir de la cocina, detrás de Eli.

–Trato hecho –le dijo a sus espaldas.

Cuando entró en el despacho de Eli, Tori miró a su alrededor. Era una habitación muy masculina, con muebles oscuros de madera y piel, y en la repisa de la chimenea había fotografías y trofeos deportivos.

–Veo que jugabas al fútbol en el instituto –comentó.

–Sí, por eso fui a UCLA en vez de a la Universidad de Wyoming –respondió él, cerrando la puerta–. Me dieron una beca a cambio de que jugase en el equipo.

–Debías de ser muy bueno.

Eli se encogió de hombros.

–No era malo, no.

Tori se acercó a la chimenea y estudió la fotografía que había en la repisa, una fotografía grande de un Buck mucho más joven y de una mujer con un niño pequeño en los brazos.

–Son Buck y mi madre el día de mi quinto cumpleaños –le contó Eli, acercándose a su lado y abrazándola por la cintura–. Falleció en un accidente de tráfico, cuando venía de Eagle Fork dos semanas después.

–Lo siento mucho, aunque es una suerte que pudieras conocerla –comentó Tori, deseando haber conocido a su madre–. La mía falleció en mi parto, así que no tengo ningún recuerdo de ella.

Él le apretó el abrazo para reconfortarla.

–¿Y tu padre? –preguntó–. ¿Hace mucho que falleció?

Tori le había contado que no tenía padres la primera vez que habían hablado por teléfono.

–Mi padre falleció de un infarto hace unos meses. Tenía mucho estrés y supongo que no lo soportó.

Se sintió culpable por no contarle a Eli quién era su padre y por qué había estado tan estresado, pero no estaba segura de estar preparada para aguantar su reacción. ¿Y si Eli la trataba como la había tratado todo el mundo cuando la historia de su padre se había hecho pública? A partir de entonces, todo el mundo la había mirado bien con odio, bien con compasión, y no quería ninguna de las dos cosas de Eli.

–Lo siento –le dijo él–. Estoy seguro de que lo echas mucho de menos.

Ella se giró entre sus brazos y lo miró unos segundos, antes de negar con la cabeza.

–Me encantaría poder decir que es así, pero nunca tuvimos una buena relación. Él jamás me perdonó que hubiese sido la causa de la muerte de mi madre. Siempre me han dicho que me parezco mucho a ella, y mi padre nunca lo soportó.

Eli la abrazó todavía más y le acarició la espalda con suavidad.

–Ojalá no hubiese sido así, cielo.

–Ojalá –repitió ella, abrazándolo también por la cintura–. Ojalá hubiese podido tener con mi padre una relación como la que tú tienes con Buck. Sé que a veces te vuelve loco, pero os queréis y ninguno de los dos haría nada para herir al otro. Disfruta de cada momento que pasas con él.

Eli la miró intensamente a los ojos y respondió:

–Gracias por recordarme lo afortunado que soy, Tori. Es cierto que Buck puede llegar a ser muy pesado, pero en mis treinta y cuatro años de vida jamás he dudado de lo mucho que le importo.

Luego inclinó la cabeza y le dio un beso en los labios con tanta ternura que a Tori se le llenaron los ojos de lágrimas. El beso fue breve, y más una muestra de comprensión que de pasión, pero le dio a Tori esperanzas de que su matrimonio pudiese funcionar de verdad. Tal vez Eli pudiese comprender que le hubiese ocultado el escándalo causado por su padre.

Eli levantó la cabeza y sonrió.

–¿Qué tal se te da la informática? –preguntó.

–Me defiendo bien –respondió ella sonriendo también–. ¿Por qué?

Él le explicó que cada cría tenía un número y después añadió:

–Tengo un programa nuevo que va a simplificar mucho los registros de reproducción y me va a dar un análisis detallado de cada animal.

–Es decir, que quieres que alguien pase al ordenador todos los datos –resumió Tori sonriendo.

–Sí.

–¿Y qué harás tú mientras tanto? –le preguntó.

Eli le dio un beso en la punta de la nariz.

–Voy a hacer la contabilidad y a decidir si quiero comprar más ganado o no, dependiendo de las últimas cifras y de las previsiones de mercado.

–Dirigir un rancho así es como dirigir una gran empresa –comentó Tori, pensativa.

Tori había ayudado en la empresa de inversión de su padre con las operaciones de futuros de productos agrícolas, así que podía haberse ofrecido a analizar la información, pero aquello formaba parte de su pasado y no quería volver a hacer nunca más ese trabajo. Solo se había metido en la planificación financiera para intentar acercarse a su padre, pero, por desgracia, no había conseguido que cambiase su relación.

Eli la acompañó hasta el escritorio, encendió el ordenador y abrió el nuevo programa.

–Aquí tienes todo lo que vas a necesitar –le dijo, tendiéndole un montón de papeles llenos de columnas de números y fechas.

Le explicó qué números identificaban a las vacas, a los toros y a los terneros, y luego le dijo:

–Te lo agradezco mucho, Tori, me va a ahorrar mucho tiempo.

–Es un placer –le respondió ella, sentándose en su sillón.

Mientras tanto, Eli se sentó en otro de los sillones que había enfrente y empezó a estudiar los últimos informes sobre precios del ganado y perspectivas del mercado.

Tori empezó a meter datos en el ordenador y se preguntó si las cosas seguirían igual si decidían seguir adelante con el matrimonio. Le gustó pensar que podrían trabajar juntos para hacer crecer el

rancho para las futuras generaciones.

–No sé tú, pero yo necesito un descanso –comentó Eli un rato después–. ¿Vamos a ver si Buck ha preparado la comida?

–¿Tan tarde es? –preguntó Tori, mirándose el reloj y dándose cuenta de que habían estado más de dos horas trabajando sin parar.

Eli asintió y se puso en pie. Le dio la vuelta al escritorio y le masajeó los hombros y el cuello con cuidado.

–Si sigues haciendo eso, me voy a quedar dormida –comentó Tori, cerrando los ojos–. ¿No te han dicho nunca que tienes magia en las manos?

Él se echó a reír.

–No, pero si esto te gusta, espera a…

–La comida está en la mesa –lo interrumpió Buck desde el otro lado de la puerta del despacho.

–Ahora vamos –respondió Eli, ayudando a Tori a levantarse–. Recuérdame que te cuente luego qué más cosas sé hacer con las manos.

Tori sintió un escalofrío de deseo. Cada vez estaban más cerca de consumar el matrimonio, y ella tenía que contarle antes los motivos por los que había respondido a su anuncio.

Pero, mientras iban hacia la cocina, se preguntó cómo podría abordar el tema. ¿Qué iba a decirle? ¿Que era la hija del hombre que había causado uno de los mayores desastres económicos de la historia reciente? ¿O que había sido ella quien había entregado a su padre a las autoridades al descubrir sus sucios negocios?

***

–Espero que tengáis hambre –les dijo Buck sonriendo cuando entraron en la cocina.

–No sé Tori, pero yo sí –respondió Eli, ofreciéndole una silla a esta.

–¿Por qué no me has llamado para que te ayudase con todo esto? –preguntó ella, sorprendida al ver la cantidad de comida que había encima de la mesa.

–En realidad, no ha sido tanto trabajo –le dijo Buck–, pero he preparado más comida de lo habitual porque esta noche no estaré aquí para preparar la cena.

–Ah, es verdad –dijo Tori sonriendo–. Dijiste que los sábados te ibas a jugar al póker.

Buck asintió.

–Llevo haciéndolo todos los sábados por la noche desde hace cinco años.

Eli miró a su padre y supo lo que estaba pensando. El viejo conocía las condiciones de su acuerdo prenupcial y tenía la esperanza de que, dejándolos solos, tomasen la decisión de consumar el matrimonio y seguir juntos.

Oyó cómo Tori y su padre hablaban acerca del huerto que estaban planeando plantar y de dónde iban a poner flores, y Eli pensó en su esposa y en su extraño matrimonio. Lo cierto era que le estaba costando un gran esfuerzo mantenerse alejado de ella, y que cada vez estaban más cerca de hacer lo que Buck quería que hiciesen. No obstante, Eli no estaba completamente convencido de tomar la decisión tan pronto.

Todavía no había tenido noticias de Sean Hartwell, aunque pensaba que le daba igual que Tori le hubiese mentido acerca de su experiencia en un rancho siempre y cuando todo lo demás fuese verdad. Por desgracia, no sabía durante cuánto tiempo más iba a poder controlar sus hormonas.

–¿A ti te importaría, Eli? –le preguntó Tori, sacándolo de sus pensamientos.

–¿El qué?

–Si sigo aquí en primavera, Buck se ha ofrecido a hacer unas jardineras en el porche para que yo pueda plantar flores, y me preguntaba si a ti te importaría –le explicó Tori sonriendo.

Él negó con la cabeza.

–No, por supuesto que no.

Mientras Tori y su padre continuaban hablando del tema, Eli se dijo que tendría que hablar con Buck y decirle que no hiciese más planes hasta que él no tomase la decisión de si Tori iba a quedarse en el rancho o no.

El teléfono sonó y él se levantó de la mesa.

–Responderé en el despacho.

Sin esperar a que Tori y Buck respondiesen, salió de la cocina y fue a su despacho. Con un poco de suerte, sería Sean con buenas noticias.

Si era así, por fin podría pensar en consumar su matrimonio.

Capítulo Seis

–¿Se ha marchado ya Buck?

Tori levantó la vista del ordenador, asintió a Eli y sonrió.

–Ha dicho que no le esperemos hasta mañana a media mañana. ¿Qué tal mis chicas?

Eli no la había dejado salir a alimentarlas y echaba de menos a las terneras.

–Bien –respondió Eli, acercándose a ella y haciendo girar su sillón para que lo mirase.

Le apoyó las manos en los hombros, se inclinó, le dio un beso rápido y después preguntó:

–¿Te parece si cenamos pizza enfrente de la chimenea del salón?

–Suena bien –respondió ella sonriendo.

Intentó levantarse, pero Eli se lo impidió.

–¿Adónde crees que vas? –preguntó, tomándola entre sus brazos.

–A encender el horno –respondió ella sonriendo–. Es un requisito para poder cenar pizza.

–¿Eres consciente de que hace un día entero que no te beso? –le preguntó Eli, sacudiendo la cabeza–. Eso no está bien.

Tori frunció el ceño.

–Me has besado antes, cuando estábamos hablando de mi padre.

–No ha sido un beso de verdad –le dijo Eli sonriendo–. Te estoy hablando de un beso de los que hace que te tiemblen las rodillas y te dé vueltas la cabeza.

–Ah, uno de esos.

Tori solo había visto al Eli bromista y juguetón un par de veces, pero le gustaba. Le resultada divertido y muy sensual.

–¿Y qué cree que podríamos hacer al respecto, señor Laughlin?

–He estado considerándolo muy seriamente y creo que debería besarte –le dijo él, acercándose más para susurrarle al oído–. Es la segunda mejor manera de conocer a alguien.

A ella le dio un vuelco el corazón y después se le aceleró el pulso.

–¿Y cuál es la primera?
–Hacer el amor.
La mirada de Eli era tan intensa que a Tori se le cortó la respiración y no supo qué decir.
Cuando se inclinó a besarla, Tori cerró los ojos y disfrutó de la sensación. Una sensación que estaba empezando a frustrarla y a volverla loca, y lo peor era que sospechaba que lo hacía a propósito.
–Por favor, Eli…
–¿Pasa algo, cielo?
–Por favor, bésame –dijo ella con una voz que no reconocía.
–Ya lo estoy haciendo –respondió Eli en tono divertido.
–No, quiero decir de verdad –insistió Tori casi sin aliento.
–¿Así? –preguntó él antes de profundizar el beso.
Tori sintió cómo le ardía la sangre en las venas y notó una sensación muy interesante en la parte más femenina de su cuerpo, pero cuando Eli le acarició el pecho la sensación se volvió casi insoportable. De repente, se le doblaron las rodillas y tuvo que agarrarse a su camisa para no caerse.
–¿Quieres saber lo que pienso? –le preguntó Eli sin dejar de acariciarle el pecho a través de la ropa.
Pero Tori no podía articular palabra después de un beso así, por lo que se limitó a asentir.
–Que por bien que lo estemos pasando ahora, vamos a tener que esperar a que esté hecha la pizza y yo haya preparado la chimenea.
Dicho aquello, le dio un beso en la frente y tomó su mano para sacarla del despacho.
–Lo retomaremos donde lo hemos dejado dentro de media hora, frente a la chimenea.
A Tori todavía le temblaban las piernas cuando entró en la cocina para meter la pizza en el horno. ¿Cuánto tiempo más serían capaces de aguantar la explosiva química que había entre ambos antes de consumar su matrimonio? ¿Era aquello lo que quería? Sabía que estaba empezando a sentir algo por Eli, pero no estaba segura de que fuese amor.
Nunca había estado enamorada, así que no podía saberlo. Si lo que sentía por Eli no era amor, era algo parecido, y no tardaría mucho en estar completamente enamorada del hombre con el que se había casado.

Pero, ¿qué sentía él por ella? Sabía que le gustaba besarla y que la deseaba, pero eso no significaba que se estuviese enamorando. A pesar de no tener mucha experiencia en el amor, Tori sabía que un hombre sano y adulto no necesitaba tener un vínculo emocional con una mujer para excitarse.

Al pensar en su marido no pudo evitar decirse que, antes de que terminase el mes de prueba, tendría que contarle más cosas de sí misma y de los motivos por los que había respondido a su anuncio, pero seguía sin saber qué decirle ni cómo hacerlo.

Sabía que Eli era un hombre razonable, pero ¿sería capaz de comprenderla? ¿Cómo reaccionaría cuando supiese que se había cambiado el apellido para que nadie averiguase quién era en realidad? ¿Entendería que se sintiese culpable de lo que su padre le había hecho a cientos de personas inocentes?

Suspiró y sacó la pizza del horno. Antes de que las cosas llegasen más lejos, tendría que confesar. Los esposos no debían guardarse secretos de tanta importancia.

Tori esperó que, cuando lo hiciese, Eli tuviese en cuenta su motivación y reconociese que no había tenido elección. Tal vez entonces podrían dar un paso adelante en su relación y hacer el amor sin que ella se sintiese culpable por estar engañándolo.

Mientras terminaba de encender el fuego en la chimenea de piedra, Eli pensó en la llamada de Sean, que, por el momento, no había podido encontrar nada acerca de ella, aunque le había advertido que fuese cauto y que podía tardar otra semana o más en concluir la investigación.

Eli se dijo que ya faltaba menos para tomar una decisión, pero a su cuerpo le estaba costando un gran esfuerzo escuchar a su mente desde que había visto a Tori bajar del avión. Y lo ocurrido el día anterior solo había empeorado las cosas. Después de haberla visto desnuda y de haber estado metido con ella en la cama, solo había podido pensar en hacerla suya.

Respiró hondo. Solo tenía que meterse las manos en los bolsillos y no permitir que las hormonas lo ofuscasen, pero iba a ser una verdadera prueba. No recordaba haber deseado tanto a una mujer en toda su vida. Y, además, sabía que era normal que un hombre

casado le hiciese el amor a su mujer.

–Espero que te guste la pizza pepperoni –dijo Tori entrando en el salón con una bandeja–. No estaba segura de lo que querrías beber, pero he apostado por la cerveza.

Él se giró, le quitó la bandeja de las manos y la dejó encima de la mesita del café.

–Y has acertado, cielo –le dijo sonriendo–. No hay nada que vaya mejor con la pizza que una cerveza.

La dulzura de la sonrisa de Tori hizo que Eli sintiese calor en el pecho.

–Yo soy más bien de refresco.

–¿Y te gustan los combinados? –le preguntó.

–Los he tomado alguna vez, pero prefiero los refrescos o el té con hielo.

Eli asintió.

–Y café por las mañanas.

–Como todo el mundo, ¿no? –comentó ella riendo.

Y Eli sintió todavía más calor y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarla entre sus brazos. ¿Qué le estaba pasando? No era posible que algo tan simple como su risa le disparase la libido.

Decidió que sentarse a su lado en el sofá iba a ser demasiado arriesgado y preguntó:

–¿Quieres que hagamos un picnic en la alfombra, delante de la chimenea?

Ella asintió.

–Me parece divertido. Hace años que no hago un picnic.

–Y faltan varios meses para que podamos hacerlo fuera –dijo él, sentándose en el suelo.

Con la pizza entre ambos sería más fácil mantener la perspectiva y controlarse.

Sentada delante de la chimenea y con el reflejo del fuego iluminándola, Tori parecía un ángel, y Eli tuvo que volver a hacer un esfuerzo. De repente se dio cuenta de que daba igual dónde estuviesen o lo lejos que estuviesen el uno del otro, mientras estuviesen en la misma habitación, iba a tener que controlarse.

Tori sirvió un par de trozos de pizza en un plato y se lo pasó y, al tomarlo Eli, sus dedos se tocaron y una corriente eléctrica le

recorrió entero. Tuvo que darle un buen sorbo a la cerveza para intentar refrescarse, pero no lo consiguió.

Estaba empezando a sudar y le entraron ganas de gemir al ver que Tori se limpiaba con la lengua un poco de salsa que tenía en el dedo.

–¿Le ocurre algo a la pizza? –preguntó esta.

–No, estaba pensando que, cuando terminemos de cenar, voy a ir a ver cómo están la yegua y el potrillo –le dijo él, diciéndose que le vendría bien un poco de aire fresco.

–¿Les pasa algo?

–No.

–¿Los has alimentado antes?

–Sí.

–Entonces, ¿para qué tienes que volver a verlos? –preguntó Tori confundida.

Eli suspiró. No era de los hombres que se aprovechaban de una mujer cuando esta no estaba preparada, pero no podía decírselo a Tori mientras que en lo único que podía pensar era en hacerle el amor.

–Tienes razón –admitió.

Se comió la pizza, terminó la cerveza y luego preguntó:

–¿Quieres que veamos otra película?

–Sí, pero hoy toca algo que te apetezca a ti –le dijo Tori, sonriendo con dulzura–. Aunque preferiría una que no fuese de miedo.

Mientras Tori llevaba los restos de la cena a la cocina, Eli buscó una película.

Le fastidiaba darse cuenta de que, según iban pasando los días, veía su matrimonio como algo cada vez más real. Aquello era algo que jamás habría imaginado. Al menos, tan pronto.

Era cierto que había esperado llegar a sentir cariño por la mujer que iba a ser su esposa, pero poco más.

–He mirado por la ventana de la cocina y me he dado cuenta de que está empezando a nevar otra vez –le dijo Tori, volviendo al salón.

Eli se sentó en el sofá.

–¿Y eso te molesta?

Se preguntó si Tori se estaría cansando de la nieve. ¿Empezaría

a quejarse como había hecho su novia de la universidad?

Casi tuvo la esperanza de que lo hiciera. Eso le pondría las cosas más fáciles.

Tori se sentó a su lado y negó con la cabeza.

–Me encanta ver nevar. Es tan bonito, se respira tanta paz.

Su expresión de entusiasmo era genuina, y Eli se reprendió por haberla comparado con su exnovia. No se parecían en nada.

Le puso el brazo alrededor de los hombros y la acercó más a él, le dio un beso en la cabeza.

–Tal vez mañana podamos hacer un muñeco de nieve.

–¿De verdad? Nunca he hecho uno –dijo Tori, acurrucándose contra él–. Me encantaría.

Mientras la película empezaba, Eli miró a la mujer que tenía al lado. Le gustaba hacer cosas que la hacían feliz, le gustaba ver cómo se maravillaba con las cosas nuevas y, sobre todo, le gustaba tenerla pegada a su cuerpo.

Se maldijo. Tenía un serio problema.

Se puso recto en el sofá e intentó concentrarse en la película, pero no pudo. Lo único que quería, lo único en lo que podía pensar era… en volver a besarla y en mucho más.

Al final se rindió, enredó los dedos en su melena castaña e hizo que levantase el rostro para que sus miradas se cruzasen.

–Voy a besarte hasta que ambos nos quedemos sin aliento –la avisó–. Y después voy a besarte todavía más.

–Será un placer –respondió ella, sin apartar los ojos de los suyos.

Sin pensar en las consecuencias, Eli la besó. No quiso pensar en que tendría que darse otra ducha fría ni en que iba a pasarse la noche en vela pensando en que Tori estaba al otro lado del pasillo. Tampoco quería analizar por qué estaba dispuesto a pasar por alto sus mentiras. Besarla se estaba convirtiendo en algo tan vital como respirar, y no podía dejar de hacerlo.

De repente, Eli se dio cuenta de que estaba más excitado que en toda su vida y rompió el beso e intentó recordarse todos los motivos por los que no era buena idea hacer el amor con Tori.

La investigación no estaba cerrada y habían firmado un acuerdo prematrimonial en el que decía que iban a esperar un mes antes de consumar el matrimonio. No obstante, en esos momentos nada de eso importaba. Lo único que quería, en lo único que podía pensar,

era en hacer suya a Tori en todos los sentidos de la palabra.

–Te deseo, Tori –le dijo, besándola en el cuello–. Quiero llevarte a mi cama y pasar toda lo noche conociéndote como un marido conoce a su mujer.

–Sé que es pronto, pero yo también te deseo –admitió ella casi sin aliento–, pero, antes, hay algo que debo contarte.

–¿El qué, cielo?

–No sé cuál es el protocolo en estas situaciones, ya que nunca…

–¿Nunca has hecho el amor?

Eli no estaba seguro de haber oído bien.

Ella se mordió el labio inferior y luego negó con la cabeza.

–No, pero no es eso…

–¿Eres virgen? –preguntó Eli con el corazón a punto de salírsele del pecho.

–Sí.

Eli sintió tanto calor que tuvo que respirar hondo para recuperar el control. Ningún otro hombre la había tocado, y Eli supo sin ninguna duda que quería ser el único que lo hiciese.

La besó de nuevo y luego se levantó y le dio la mano para ayudarla a hacer lo mismo.

–¿Quieres que consumemos nuestro matrimonio, Tori?

Esta parecía un poco aturdida.

–Sí.

Le tomó la mano y echó a andar hacia las escaleras.

–Pero antes quiero contarte algo –le dijo ella.

–¿Quieres que te haga el amor? –le preguntó él.

–Sí, pero…

–No te preocupes, cielo –le dijo él, besándola cuando llegaron a lo alto de las escaleras–. Tenemos toda la noche y te prometo que me aseguraré de que estés preparada para recibirme –dijo, volviéndola a besar–. Y si hay algo de lo que quieras hablarme, podrá esperar a más tarde. Ahora, voy a hacerle el amor a mi mujer.

A Tori le temblaron las rodillas y se le olvidó de lo que quería decirle. En esos momentos, lo único que importaba era el hombre que tenía delante y lo que estaban a punto de compartir.

Eli la guio por el pasillo hasta su dormitorio y a Tori se le

aceleró el corazón. Había esperado toda la vida a aquel hombre y aquel momento. Tal vez Eli fuese millonario, pero también era un hombre honesto, trabajador y que había sido más considerado con ella que nadie en toda su vida. Tori estaba segura de haberse enamorado de él.

Eli abrió la puerta, la llevó hasta la cama y encendió la lámpara de la mesita de noche, y Tori se dio cuenta de que Eli iba a hacer realidad la promesa que le había hecho el día anterior. Iba a volver a estar en su cama y ambos iban a estar desnudos. La idea le causó calor.

–Tori, mírame.

Ella levantó la vista y la mirada de Eli era tan intensa que le cortó la respiración.

–No te preocupes por la protección –le dijo él–. Yo me ocuparé de todo.

–Gracias.

Aquel era un tema en el que no había pensado, pero, a pesar de querer ser madre algún día, sabía que aquel momento tal vez no fuese el mejor. Su relación necesitaba más tiempo como pareja antes de formar una familia.

–Ayer te quité la ropa –le dijo él–. Hoy te toca a ti quitármela a mí.

Tori supo que Eli estaba permitiendo que fuese ella la que marcase el ritmo, y que quería que estuviese cómoda con la decisión de compartir su cuerpo con él. Y ella lo amó todavía más por ello.

Le desabrochó la camisa y, poco a poco, fue sintiéndose más segura, así que cuando llegó al cinturón, no dudó ni un instante. Le tocó el vientre a Eli y este contuvo la respiración y cerró los ojos. Y a Tori le encantó que un hombre que le importaba tanto la desease así.

Terminó de quitarle la camisa y le quitó también la camiseta que llevaba debajo. Eli tenía un pecho muy bonito y masculino. Tori pasó el dedo índice por él y se detuvo en el ombligo.

–Tienes un cuerpo muy bello –le dijo, inclinándose a darle un beso antes de seguir bajando con el dedo hasta la cintura de los pantalones.

–Me habían dicho muchas cosas –respondió él riendo–, pero es

la primera vez que me llaman bello.

–Es la verdad –le aseguró ella, fijándose en el bulto de sus pantalones–. Oh, Dios mío, espero que no…

–Yo me ocuparé de esto –le dijo él, bajándose la cremallera con cuidado–, pero lo estabas haciendo muy bien, puedes continuar.

Ella lo ayudó a bajarse los pantalones. Eli se deshizo de los vaqueros y ella llevó las manos a la cinturilla de los calzoncillos. La prueba de su deseo era innegable.

Se concentró en quitárselos y en deshacerse también de los calcetines y no lo miró hasta que no estuvo completamente desnudo. Entonces, retrocedió un paso y contuvo la respiración. Eli era increíble. Un hombre perfecto. Y muy excitado.

–Ya estamos iguales –comentó él, abrazándola.

–No sabía que fuese una competición –respondió ella sonriendo.

Eli sacudió la cabeza.

–No lo es. Solo quería que te sintieses más cómoda siendo yo el primero en desnudarse.

–Gracias, Eli –le dijo ella con toda sinceridad–, pero me temo que no te intimida lo más mínimo que te vea desnudo.

–No –admitió él, quitándole el jersey por la cabeza.

Lo tiró encima de su ropa y se dispuso a desabrocharle el sujetador.

–Los hombres no solemos ser tan pudorosos como las mujeres.

Eso era evidente. Eli no parecía en absoluto preocupado por su desnudez, mientras que a Tori le daba vergüenza que la viese desnuda por segunda vez, pero entonces Eli le bajó los tirantes del sujetador y la apreciación de su mirada hizo que a Tori se le olvidase la vergüenza.

–Eres perfecta –le dijo él, tomando sus pechos con ambas manos.

Aquello aumentó todavía más el deseo de Tori y el calor que ya sentía entre las piernas, y cuando Eli inclinó la cabeza y tomó uno de sus pezones con la boca, pensó que iba a arder por dentro.

–¿Te gusta? –le preguntó él.

–Sí.

–Pues lo mejor está por llegar –le aseguró Eli, desabrochándole los vaqueros.

Le bajó la cremallera y le metió las manos por debajo de las braguitas, acariciándole las caderas y los muslos, luego le bajó los

vaqueros y las braguitas de encaje, y ella se agarró a sus hombros mientras Eli le quitaba los calcetines.

Después, se incorporó y la abrazó, y Tori sintió su erección en el vientre y notó que se le doblaban las rodillas.

Eli la sujetó y preguntó:

–¿Por qué no nos tumbamos?

Y la dejó en medio de la enorme cama.

Luego se tumbó a su lado e, inmediatamente, la abrazó y la besó con pasión. A Tori le encantaban sus besos, hacían que sintiese cosas que no había sentido jamás.

–Vamos a tomárnoslo con calma –le dijo él–. Quiero que confíes en mí y que te sientas cómoda con todo lo que hagamos.

Antes de que a Tori le diese tiempo a decirle que no había nadie en quien confiase más, le tomó un pezón con los labios y la dejó sin habla. Tori se perdió en las deliciosas sensaciones que Eli le estaba causando y, por primera vez en su vida, se sintió realmente querida.

Eli siguió besándole los pechos, y cuando llevó una mano al interior de sus muslos, Tori se estremeció de placer.

–Separa las piernas, Tori –le pidió en un susurro.

Ella cerró los ojos y obedeció, y cuando Eli le acarició la parte más sensible de su cuerpo, tuvo que arquear la espalda.

De repente, sintió un tremendo vacío en su interior y supo que Eli era el único que podía llenarlo. Necesitaba que Eli la hiciese sentirse completa. Necesitaba sentirse parte de él.

–Por favor, Eli –gimió, incapaz de verbalizar lo que quería.

–¿Me deseas, cielo?

–Sí.

Eli la acarició con un dedo y Tori pensó que iba a explotar del placer. Estaba tan perdida en sus sensaciones que tardó unos segundos en darse cuenta de que Eli se había apartado de ella para sacar un preservativo.

–Es probable que la primera vez no sea tan placentera como las siguientes –le dijo él, besándola con tanta ternura que a Tori se le llenaron los ojos de lágrimas–, pero te prometo que lo haré lo más sencillo posible para ti.

Le separó más las piernas con la rodilla y la miró a los ojos mientras la penetraba. Muy despacio, con cuidado. Tori sintió cómo la llenaba y contuvo la respiración.

–Intenta respirar con normalidad, cariño –le dijo–. Si estás tensa, será más incómodo.

Ella se concentró en relajarse y él le dedicó una maravillosa sonrisa y le dio un beso en los labios. Entonces, Tori se dio cuenta de que no le dolía como había imaginado.

–¿Estás bien? –le preguntó Eli, apoyándose en los codos.

–Sí –respondió ella, diciendo la verdad.

Eli tenía sudor en la frente y Tori supo que estaba haciendo un enorme esfuerzo por controlarse. Le estaba dando tiempo.

–Tori, necesito hacerte el amor ya –le dijo él, echándose hacia atrás para después volver a penetrarla un poco más.

Empezó a moverse lentamente en su interior y a ella le maravilló la sensación de ser uno con el hombre con el que estaba. Nunca se había sentido emocionalmente tan cerca de alguien.

Aunque aquella deliciosa sensación pronto se transformó en una necesidad urgente y supo que estaba llegando al culmen. Sus músculos internos empezaron a contraerse y, por un momento, todo su ser se sacudió de placer.

Mientras Tori volvía poco a poco a la realidad, se dio cuenta de que Eli se quedaba inmóvil un instante, y supo que también había llegado al clímax. Después se dejó caer encima de ella y Tori lo abrazó.

Si había tenido alguna duda, acababa de disiparse. No sabía cómo había podido ocurrir en tan poco tiempo, pero se había enamorado de Eli.

Capítulo Siete

–¿Peso mucho, cielo? –le preguntó Eli, levantándose de encima de ella–. ¿Estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad?

–En absoluto –respondió ella–. Y tenías razón acerca de lo que me has dicho esta mañana en tu despacho.

–¿El qué?

Eli no sabía cómo era posible que volviese a desearla tan pronto, pero la sonrisa de Tori hizo que se excitase de nuevo.

–Que tienes unas manos mágicas.

Tori tenía las mejillas sonrojadas y brillantes y Eli pensó que nunca la había visto tan guapa.

–Ahora que puedo pensar con un poco más de claridad, ¿puedo preguntarte algo? –le dijo.

–Supongo que querrás saber cómo es que soy tan inexperta.

–Sí –admitió Eli, dándole un beso en la cabeza–. No me malinterpretes. No me puedo quejar de ser el único hombre con el que has hecho el amor, pero, a tu edad, casi todas las mujeres han perdido ya la virginidad.

–En realidad, no puedo decir que sea porque he estado esperando a casarme, ni que no haya estado cerca un par de veces –admitió Tori–, pero el caso es que ningún momento o ningún hombre me parecían los adecuados. Hasta ahora.

A pesar de que podía considerarse con derecho a hacerle el amor, porque era su marido, Eli se sintió muy privilegiado. Aquello significaba, que Tori lo consideraba el hombre adecuado para ella.

La idea lo excitó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar a hacerle el amor otra vez.

–¿Vas a hacerme el amor otra vez? –preguntó ella, como si le hubiese leído el pensamiento.

–Me encantaría, pero no podemos volver a hacerlo hasta mañana. Eres nueva en esto y necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte.

–Está bien –respondió Tori un poco decepcionada–. Estoy

cansada.

Eli no tardó en oír que se había quedado dormida.

Entonces, apagó la luz y cerró los ojos, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar en la mujer que tenía al lado, con la cabeza apoyada en su hombro.

El informe final de la investigación solo tardaría un par de días más. ¿Por qué no había esperado a tenerlo para consumar su matrimonio?

En principio, no parecía que tuviese de qué preocuparse, e intentó concentrarse en aquello. Respiró hondo. Tenía que haber pensado con la cabeza, no con las hormonas.

Después de aquello, si las cosas no salían bien, tendría que darle a Tori un millón de dólares en vez de diez mil, y el proceso de divorcio sería mucho más largo que una anulación.

Aunque no pensaba que fuesen a divorciarse. Una mujer que se había reservado para el hombre adecuado no habría hecho el amor con él si no pensase que su matrimonio podía funcionar. Además, Eli confiaba en ella. Le había mentido una vez, pero estaba seguro de que, a partir de entonces, no volvería a hacerlo.

De todos modos, no podía hacer nada al respecto, así que Eli se obligó a relajarse. Solo el tiempo diría si era el hombre más afortunado del planeta por haber encontrado a la mujer de sus sueños gracias a un anuncio por Internet. Y prefería no barajar ninguna otra posibilidad.

–¿Cómo están mis chicas esta mañana? –preguntó Tori al entrar en el recinto en el que estaban las dos terneras huérfanas.

Ambas acudieron al oír su voz y Tori supo que querían desayunar.

Mientras las terneras comían, ella pensó en la noche anterior. Ya era su esposa en todos los sentidos, pero sabía que hacer el amor con él había complicado su situación.

Había intentado hablarle de su padre antes de que hiciesen el amor, pero él no se había mostrado muy interesado, y ella se había dejado llevar y se había olvidado de todo.

Suspiró y se dijo que Eli había sido tan considerado, tan cariñoso la noche anterior, que seguro que la escucharía y la comprendería.

Ya solo tenía que encontrar el mejor momento para contárselo todo.

–Parece que te entiendes muy bien con las terneras –dijo este a sus espaldas.

Ella lo miró por encima del hombro y sonrió.

–¿Has venido a ver si estábamos bien?

Él negó con la cabeza.

–He pasado a ver a la yegua y el potro y he pensado que tal vez te apeteciese hacer un muñeco de nieve conmigo.

–¿De verdad?

Eli sonrió y asintió.

–Sí –le dijo, abrazándola–. Por cierto, que Buck ha llamado para decirme que no va a volver hasta esta noche. O hasta mañana por la mañana.

–¿Es habitual?

–La verdad es que ocurre a veces –admitió Eli–, pero me parece que esta vez lo está haciendo para darnos algo más de tiempo a solas.

–¿Sabe qué…? –A Tori le ardieron las mejillas.

–No, no sabe nada –le dijo Eli sonriendo–, pero tiene la esperanza de que nuestro matrimonio funcione y creo que piensa que pasar tiempo a solas nos va a venir bien.

Aquello hizo que Tori se sintiese un poco mejor. Además, aunque Buck volviese, su habitación estaba en el piso de abajo y en el extremo de la casa contrario al de la habitación principal.

–¿Estás bien? –le susurró Eli al oído–. No estás muy dolorida, ¿verdad?

Ella lo abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho. ¿Cómo no iba a querer a un hombre que se preocupaba tanto por su bienestar?

–Estoy bien, pero tenías que haberme despertado cuando te has levantado tú para que te ayudase.

Él le dio un beso en la punta de la nariz.

–He preferido dejarte dormir.

–Gracias a ti, estoy completamente recuperada de la caída en el estanque –le recordó.

Él sonrió y le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

–Ese no es el motivo por el que quería que descansase.

–¿Entonces…?

–Sino porque pretendo tenerte toda la noche despierta, haciendo el amor –le dijo Eli en voz baja.

–Ah… Olvida mi pregunta.

–¿Sabes lo guapa que te pones cuando algo te da vergüenza? –le preguntó él.

–No, y un caballero no haría ningún comentario al respecto.

–Cielo, no tienes que sentir vergüenza conmigo. Soy el hombre que ha explorado todos tus lugares secretos anoche, y pretendo volver a hacerlo esta noche. Ahora, si has terminado aquí, vamos a lavar los cubos y a hacer ese muñeco de nieve.

Ella sintió.

–Lo cierto es que quería comentarte algo –le dijo Eli, abriendo la puerta para que ambos saliesen–. Como Buck no está, he pensado que podías hacer tú la cena mientras yo me ocupo de las terneras.

Tori se mordió el labio inferior. Una cosa era meter una pizza al horno y, otra muy distinta, cocinar. Sobre todo, teniendo en cuenta que en su casa siempre había habido cocinera.

–Me parece bien –respondió, diciéndose que hacer una ensalada y unos filetes no podía ser tan difícil.

–Ahora, vamos a hacer tu primer muñeco de nieve.

Mientras iban hacia la casa, Tori se dijo que, si tenía algún problema con la cena, siempre podía buscar alguna receta en Internet.

–¿Por qué empezamos? –preguntó.

–Haz una bola de nieve y después hazla rodar para que vaya creciendo –le dijo–. Es una suerte que la nieve de anoche no fuese tan seca como de costumbre.

–¿Cuál es la diferencia? –preguntó ella, empezando a hacer lo que Eli le había dicho.

–La nieve seca es como polvo, la mejor para esquiar, pero con la nieve húmeda se hacen mejores muñecos.

La bola de Tori se había convertido ya en una enorme esfera.

–¿Hago otra más pequeña para el cuerpo?

–Sí, y otra todavía más pequeña para la cabeza –le dijo él.

Cuando tuvieron las tres colocadas, Tori retrocedió para estudiarlas.

–Es divertido.

Eli asintió y le dio un puñado de piedras oscuras.

–Utilízalas como ojos y boca mientras yo voy a la nevera a por una zanahoria.

Unos minutos después volvía con la zanahoria, unos palos, un viejo sombrero de cowboy y una gastada cazadora de piel.

–Qué buena idea, un muñeco de nieve cowboy –comentó ella.

–Ponte a su lado –le pidió Eli, sacando su teléfono móvil para hacerle una fotografía–. Para la posteridad. Ahora, vamos dentro a ver qué podemos comer.

–Antes quiero hacer algo que he deseado hacer toda mi vida –le dijo ella, agachándose a por un puñado de nieve.

Hizo una bola y se la tiró.

–No sabes lo que has hecho –le dijo Eli riendo.

Se agachó y se levantó rápidamente, y sonrió con malicia.

–No vas a salir impune de esta, cariño.

Riendo, Tori echó a correr, pero era muy difícil correr en la nieve.

–¡Lo siento! –gritó.

–No, no lo sientes –respondió él, dándole con una bola de nieve en la espalda.

Tori se dio cuenta de que no podía competir con él y se dejó caer en la nieve.

–¿Tori? ¿Estás bien? –preguntó Eli, corriendo a arrodillarse en la nieve.

Ella se incorporó en ese instante y le puso un puñado de nieve en la cara.

–No me has dado tan fuerte.

–¿No me digas? –preguntó él sonriendo, con los ojos brillantes, tumbándose encima de ella para inmovilizarla.

A Tori se le ocurrió distraerlo, así que lo abrazó por el cuello y le dio un beso en los labios. Eli gimió y eso hizo que Tori se animase a acariciarlo con la lengua y a profundizar el beso, cosa que había hecho siempre él en la última semana.

–Creo que me vas a volver loco –le dijo Eli apartándose para ponerse en pie y ayudarla a levantarse–. Vamos dentro, a calentarnos y a comer.

–Suena bien –comentó Tori.

Le encantó que Eli la abrazase de camino a la casa.

–Después de comer hablaremos de cómo me vas a compensar

por haberme hecho creer que te habías hecho daño –dijo abriéndole la puerta.

–¿Me perdonarás si te pido disculpas y te doy otro beso? –le preguntó Tori sonriendo.

–Probablemente no –respondió él riendo y dándole un beso rápido–, pero puedes intentarlo.

–Creo que es hora de que vaya a ocuparme de las terneras –dijo Eli, estirándose.

Después de comer habían ido a su despacho a trabajar y habían pasado toda la tarde allí. Tori la estaba ayudando mucho y Eli podía imaginarse trabajando con ella para hacer crecer y mejorar el rancho.

–Supongo que yo debería empezar a hacer la cena –comentó ella levantándose–. ¿Qué te parece si hago unos filetes, patatas y ensalada?

–Cielo, estás hablando con un ranchero –respondió Eli, abrazándola por los hombros mientras salían del despacho–. Me parece la cena perfecta.

–¿Cómo te gusta la carne? –preguntó Tori, abriendo la nevera mientras él se ponía las botas.

–Ni mucho ni poco hecha, pero casi nunca consigo comerla a mi gusto. Buck suele hacer la carne muy poco.

–Pues recuérdame que me prepare yo mis filetes de ahora en adelante –dijo ella, sacando la carne de la nevera.

Eli fue a alimentar a las terneras con ganas de terminar cuanto antes y volver a la casa con Tori. Todavía tenía que hacérselo pagar por haber fingido que se había hecho daño cuando le había tirado la bola de nieve.

Sonriendo, pensó en varias maneras en que Tori podría compensarlo. Todas terminaban haciendo el amor.

Tocó el lomo de una de las terneras y se preguntó si tendría que dejarlas cerca de la casa hasta que Tori tuviese su primer hijo, tal y como Buck le había dicho que había ocurrido con su madre. La sangre se le aceleró solo de imaginarse a Tori embarazada y después amamantando a su hijo.

Respiró hondo para calmarse. ¿Desde cuándo le excitaban las

mujeres embarazadas? Se estaba volviendo loco.

Aunque, cuanto más lo pensó, más seguro estuvo de que Tori embarazada le resultaría muy sexy. Solo Tori.

Sacudió la cabeza. ¿Cómo podía sentir tanto por ella en tan poco tiempo? Solo llevaban casados una semana, y solo habían hecho el amor una vez.

Aunque nada de eso parecía importar. Deseaba a Tori más de lo que había deseado a ninguna otra mujer, quería tener hijos con ella y pasar el resto de su vida trabajando en el rancho a su lado.

Frunció el ceño y se preguntó si se habría enamorado.

Se echó a reír solo de pensarlo. Era evidente que Tori le caía bien y que la deseaba, pero cuando había pensado en aquel matrimonio había estado seguro de que podría estar casado sin implicarse emocionalmente. Era la única manera de ser objetivo acerca de lo que era mejor para el rancho. Que hubiese hecho el amor con Tori no significaba que fuese a seguir casado con ella para siempre.

Satisfecho con su percepción de la situación, volvió a la casa.

–¿Necesitas ayuda con la cena? –preguntó al entrar en la cocina.

–No, creo que lo tengo todo bajo control –respondió ella, levantando la vista de la ensalada–. Mientras te lavas, pondré la mesa.

Él asintió y atravesó el pasillo para ir a lavarse las manos al cuarto de baño que había en el piso de abajo. Algo olía a quemado y Eli se preguntó si iba a tener que esperar a la primavera a ir a Eagle Fork a comerse un buen filete.

–Creo que los filetes se me han pasado un poco –comentó Tori, dejando los platos encima de la mesa.

Eli se sentó y miró el suyo, pero entonces vio la expresión del rostro de Tori y decidió comérselo y decir que era el mejor filete que había comido jamás.

–Tiene buena pinta –mintió, pensando que tendría que ir a buscar un antiácido al botiquín después de la cena.

Mientras comían, hablaron del rancho y Eli se dijo que le pediría a Buck que enseñase a cocinar a Tori.

–¿Qué te parece si terminamos la velada otra vez delante de la chimenea? –le preguntó después a Tori.

–Suena bien –respondió ella, levantándose de la mesa para

retirar los platos y meterlos en el lavaplatos–. Al buscar las patatas para la cena he encontrado unas galletas en la despensa.

–Y tiene que haber chocolatinas en alguna parte –le dijo Eli, levantándose también.

La abrazó por la cintura y la apretó contra su cuerpo.

–Buck se ha vuelto muy goloso con la edad.

–Podemos hacer sándwiches de galleta, nubes calientes y chocolate –propuso Tori emocionada–. Solo los he hecho una vez, en un campamento, hace muchos años.

–Seguro que estabas muy mona con tu uniforme –comentó Eli, imaginándosela con pantalones cortos y una camisa de exploradora, y excitándose.

–En realidad, no llegamos a tener uniformes, y solo acampamos en el jardín trasero del niño que organizaba la velada. Después de aquella noche la mayoría de los niños decidieron que no les gustaban las actividades al aire libre.

–¿A ti tampoco? –le preguntó Eli.

–A mí sí. Estaba deseando ir de acampada de verdad, pero no lo conseguí.

–Yo te llevaré de camping –le prometió él sonriendo–. No hay nada como dormir al aire libre, sobre todo, en un saco para dos.

–Suena interesante. ¿Y tienes uno de esos sacos?

Eli volvió a reír.

–No, pero te aseguro que lo conseguiré.

–Eres incorregible –dijo ella sonriendo.

–No, soy solo un hombre que quiere pasar una noche bajo las estrellas contigo –le dijo él, excitándose todavía más–. Voy a buscar los pinchos para calentar las nubes y a hacer el fuego mientras tú buscas las chocolatinas de Buck.

Media hora más tarde, Eli estaba sentado sobre la gruesa alfombra que había delante de la chimenea, viendo cómo Tori se limpiaba los dedos con la lengua y pensando que no iba a poder aguantar más.

–Ha sido buena idea –dijo ella sonriendo.

–Cuando acampemos este verano en las montañas sabrán todavía mejor –respondió él, acercándose a limpiarle una gota de chocolate derretido de la comisura de los labios–. Estar delante del fuego en la montaña lo intensifica todo.

–¿Todo?

Eli asintió y la abrazó.

–Los besos son más dulces, y cuando hagamos el amor bajo las estrellas nos parecerá que están tan cerca que sentirás que somos parte de ellas.

–Es usted todo un romántico, señor Laughlin –dijo Tori, dándole un beso en la barbilla.

–Espera y verás –contestó Eli, tumbándose con ella en la alfombra.

Luego la besó y se olvidó de todo lo demás. Tori sabía a chocolate y a azúcar, y Eli pensó que nunca había probado nada tan erótico.

–He intentado hacer lo correcto y no hacerte el amor otra vez –le confesó–, pero me muero de deseo por ti, Tori.

–Yo también –admitió ella–. Por favor, hazme el amor, Eli.

Capítulo Ocho

La voz de Tori era tan sensual que Eli se excitó de tal manera que se sintió aturdido. Sin decir palabra, la ayudó a sentarse y después le quitó el jersey y lo tiró al sofá. Se deshizo también del sujetador y le acarició los pechos antes de bajar la cabeza para besárselos.

–Voy a hacerle el amor a cada centímetro de tu cuerpo y, cuando termine, voy a empezar otra vez –le dijo, tomando uno de sus pezones con la boca.

Ella gimió y enterró los dedos en su pelo para sujetarlo, y Eli supo que estaba tan excitada como él. Pasó al otro pecho y, cuando levantó la cabeza, le encantó ver que Tori tenía las mejillas encendidas. Era evidente que lo deseaba.

Eli se quitó la camisa y la camiseta rápidamente y las tiró con la ropa de Tori.

Esta apoyó las manos en su pecho y la sensación hizo que Eli tuviese la sensación de que la temperatura había subido diez grados en el salón. Cerró los ojos y disfrutó, pero entonces Tori apoyó los labios en uno de sus pezones.

–Creo que deberíamos ir más despacio, cielo –le dijo a Tori, notando que le faltaba el oxígeno.

–Me encanta tocarte –le respondió ella sonriendo.

–Vamos a quitarnos el resto de la ropa –sugirió él, deseando sentir sus manos en todas las partes de su cuerpo–. Y luego podrás tocarme todo lo que quieras.

La ayudó a quitarse los pantalones y las braguitas, e hizo lo mismo con sus vaqueros y su ropa interior. Luego la tumbó en la manta y se arrodilló a su lado. Las llamas de la chimenea envolvían a Tori en un halo dorado y Eli pensó que nunca había visto algo tan bello.

Ella también parecía estar hipnotizada con su cuerpo.

–No sabes cuánto te deseo –admitió Eli.

–Lo mismo que yo a ti –respondió ella.

Eli sabía que Tori quería acariciarlo, pero que estaba dudando, así que tomó su mano y le besó las puntas de los dedos.

–Hacer el amor también consiste en explorar y en aprender más el uno del otro.

Frente a frente, y sin apartar los ojos de los de él, Tori le pasó la mano por la cadera y después bajó. Tomó su erección y Eli tuvo que apretar los dientes y contener la respiración para controlarse.

–Creo que deberíamos dejar la fase de exploración para otro momento, cariño –le dijo Eli, agarrándole las manos y respirando–. Si no, yo voy a pasar mucha vergüenza y tú te vas a llevar una gran decepción.

–Por favor, hazme el amor, Eli.

El deseo de sus ojos y la pasión de su voz lo convencieron de que lo deseaba tanto como él a ella.

Buscó un preservativo en el bolsillo de los vaqueros, se lo puso y levantó a Tori para sentarla encima de él.

–Pon las piernas alrededor de mí –le dijo al tiempo que la penetraba.

–Ohh.

–¿Estás bien?

Ella asintió y lo abrazó por el cuello mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

–Estoy bien. Es que me siento tan completa.

Eli se quedó quieto para darle tiempo a Tori a acostumbrarse a tenerlo dentro y luego empezó a moverse muy despacio.

La besó en el cuello y en la curva de los pechos y pronto notó cómo Tori empezaba a sacudirse por dentro. Estaba tan cerca del clímax que Eli aceleró para que ambos llegaran a la vez.

Luego se quedaron abrazados y Eli supo que si todavía no se había enamorado de la mujer que tenía entre los brazos, no tardaría en hacerlo. Tori era todo lo que siempre había querido en una mujer.

La presencia de Tori en el rancho los había beneficiado a todos y, por mucho que le costase admitirlo, ya no podía imaginarse la vida allí sin ella.

Tal vez su esposa tuviese algunos secretos, pero Eli dudaba que fuesen importantes. Además, todo el mundo tenía en su pasado cosas de las que no estaba orgulloso. Él tampoco le había hablado

de su novia del instituto, que solo le había querido por su dinero.

La miró y sonrió.

–Eres increíble, Tori.

–Lo mismo estaba pensando yo de ti –respondió ella–. Ha sido increíble.

Eli la ayudó a que se levantase de su regazo, luego tomó un par de cojines y la manta del sofá, y ambos se tumbaron abrazados y se taparon con la manta.

Estuvieron unos minutos en silencio y a Eli le gustó que ambos estuviesen tan cómodos, pero después de mirar fijamente las llamas durante un rato, hubo algo que lo incomodó. Tori había dado lo mejor de sí misma durante la última semana y él no había hecho nada a cambio.

Lo estuvo pensando y sonrió. Había una cosa que sí podía hacer. Se habían casado de manera rápida y Tori ni siquiera había podido opinar, pero él estaba dispuesto a darle la boda de sus sueños.

Con la decisión tomada, se relajó y se dio cuenta de que estaba empezando a quedarse dormido.

–Vamos a la cama, cielo.

–Tenemos que hablar de algo –le dijo ella mientras ambos se ponían en pie–. Quise contártelo anoche, pero…

Él bostezó.

–Perdona. ¿Qué has dicho?

–No importa. Se te están cerrando los ojos. Ya hablaremos mañana, cuando estés más despierto.

Recogieron la ropa y subieron al dormitorio de Eli. Este pensó que al día siguiente le diría que empezase a organizar la boda de sus sueños, y que renovarían los votos del matrimonio en verano.

A la mañana siguiente, cuando entró en la cocina, Tori se encontró a Buck silbando mientras preparaba el desayuno.

–Supongo que ganaste ayer al póker –le dijo sonriendo.

–Buenos días, muchacha –respondió él sonriendo–. No, la verdad es que perdí unos doscientos dólares.

–¿Y estás contento? –inquirió Tori, aceptando la taza de café que Buck le ofrecía.

–Lo que fácil viene, fácil se va –respondió, encogiéndose de

hombros–. Unas veces gano y otras no. Así es el juego.

–Supongo que es una manera de verlo –comentó ella, dejando la taza en la mesa–. ¿Puedo ayudarte en algo?

–No, ya está todo preparado. ¿Dónde está Eli?

–En la ducha.

–No, ya estoy aquí –anunció Eli, entrando en la cocina y sorprendiéndola con un abrazo y un beso en la mejilla–. ¿Qué hay para desayunar, Buck? Estoy muerto de hambre.

Hasta entonces, Eli no se había mostrado cariñoso con ella delante de su padre. Que lo hiciese era un claro mensaje para este.

Buck sonrió al verlo y contestó:

–Lo de siempre. Siéntate.

Tori se emocionó al pensar que por fin había encontrado un lugar en el que era feliz. Por primera vez en su vida, sentía que formaba parte de una familia, y la sensación era maravillosa. Buck la trataba como a una hija, y aunque Eli no le hubiese hablado directamente de sus sentimientos, era evidente que sentía algo por ella. Con el tiempo, tal vez incluso llegarse a quererla tanto como lo quería ella a él.

Se sentía mal porque todavía no había encontrado el momento adecuado ni la oportunidad de hablarle a Eli de su pasado. Este se merecía saberlo todo y ella quería contárselo, pero la noche anterior no había sido el momento adecuado. Hablaría con él durante el día. Antes de que su relación avanzase, Eli tenía que saber con quién se había casado, y Tori tenía la esperanza de que entendiese por qué había hecho las cosas de aquella manera.

Una vez tomada la decisión, escuchó a Eli y a Buck hablar de sus planes para el día y no pudo evitar sonreír. Su relación había mejorado mucho durante la última semana y Tori disfrutaba de verlos hablar de manera relajada.

Recordó las palabras que había dicho la abuela Jean el día de la boda, que no estaba bien que Buck se hubiese negado a asistir a la ceremonia, y se dio cuenta de que ella había sido la causa de la tensión que había habido entre ambos. Era probable que a Buck no le hubiese gustado que Eli buscase esposa por Internet y, conociéndolo, seguro que se lo había dicho a Eli. No obstante, este, que era tan testarudo e independiente como su padre, había hecho lo que había querido. Tori no tenía ni idea de lo que había hecho

ella para que Buck cambiase de idea, pero parecía contento con su presencia.

–¿Qué quieres que haga hoy, además de alimentar a Daisy y a Buttercup? –preguntó Tori.

–Como todos los hombres están ya recuperados de la gripe, no hay ningún motivo para que tengas que salir con este frío –le respondió Eli, terminando su desayuno–. Después de ocuparte de las terneras, podrías volver a la casa y ayudar a Buck con la comida.

–Es decir, que quieres que me enseñe a cocinar –dijo ella riendo.

–Cielo, preparas muy bien la pizza congelada –admitió Eli sonriendo–, pero tienes que mejorar con los filetes.

Tori se levantó y llevó su plato y el de Eli al fregadero.

–Esta mañana tengo que ocuparme de varias cosas, pero nos veremos en la comida.

Después de que Eli se hubiese marchado, Tori se ruborizó al ver que Buck la miraba con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

–Parece que podemos empezar a planear en serio lo del huerto y las flores –comentó alegremente.

Eli acababa de llegar a los establos para ver cómo estaban la yegua y el potro cuando oyó que sonaba el teléfono. Se preguntó qué querría Buck, teniendo en cuenta que acababan de hablar de sus planes para todo el día.

–Ha llamado Sean Hartwell y quiere que le devuelvas la llamada lo antes posible –le dijo Buck–. Me ha pedido que te diga que es muy importante.

A Eli se le aceleró el pulso.

–Gracias. Lo llamaré en cuanto pueda.

–¿Para qué llama a estas horas de la mañana? –le preguntó su padre.

Eli cerró los ojos e intentó hacer acopio de paciencia. No le molestaba la pregunta de su padre, pero estaba nervioso porque era posible que Sean hubiese averiguado algo acerca de Tori.

–Le he pedido que averiguase algo –respondió.

–Maldito seas, has hecho que investigue a Tori, ¿verdad? –preguntó Buck enfadado.

–Sí. Luego hablamos, Buck.

Y dicho aquello colgó y se dispuso a hacer su trabajo. Eli estaba seguro de que no le iba a gustar lo que Sean tenía que decirle. Si no, no habría llamado a las seis de la mañana. Cuando terminó de ocuparse de la yegua y del potro, decidió que tenía que enfrentarse a aquella conversación cuanto antes. Después, ya decidiría qué hacer.

Tomó el teléfono y marcó el número de Sean.

–Hola, soy Eli Laughlin. ¿Qué has averiguado?

–No te puedes imaginar con quién te has casado –respondió Sean con incredulidad.

–¿Te importaría ir directo al grano? –preguntó Eli enfadado.

–Te has casado con Victoria Bardwell –anunció Sean, esperando un segundo antes de seguir hablando para que Eli digiriese la información–. Es la única hija de John Bardwell, el hombre más odiado de la industria financiera. Y, hasta que lo detuvieron, trabajó con su padre en su empresa de inversiones.

–Debes de estar confundido –insistió Eli, a pesar de saber que no era el caso–. El apellido de soltera de Tori es Anderson.

–Se lo cambió después del fallecimiento de su padre, hace cinco meses. He hablado con una de las personas que le escribió una carta de recomendación, el juez Byron Stiers, y no me ha contado nada extraño, pero después he conseguido localizar a la persona que escribió la otra carta, su niñera, Marie Gentry, que está en una clínica recuperándose de un ataque, pero ha podido contarme que la madre de tu esposa falleció al dar a luz y que Victoria ha estado toda la vida intentando ganarse la aprobación de su padre.

A Eli se le hizo un nudo en el estómago. Él también había hablado con Marie, que no le había contado nada de eso.

–¿Has averiguado algo más?

–Sí –respondió Sean con cautela–. Que Victoria se marchó de Charlotte completamente arruinada.

A Eli empezó a dolerle la cabeza.

–¿Es todo?

–Voy a comprobar un par de cosas más, pero tenía que contarte esto lo antes posible.

–Sí. Gracias.

Cuando colgó el teléfono, Eli estaba tan enfadado que tenía ganas de vomitar. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? ¿Por qué

había bajado la guardia, sabiendo desde el primer día que Tori le ocultaba algo?

Su deseo por ella lo había ofuscado y, a pesar del acuerdo prenupcial, iba a pagar su error más caro de lo que había imaginado. No era el dinero que tendría que darle a Tori lo que le importaba, ya que no valía nada en comparación con haberle entregado su corazón.

***

Cuando terminó de alimentar a Daisy y a Buttercup, Tori pensó en cómo había transcurrido la semana. En esos momentos no le cabía la menor duda de que había hecho lo correcto al aceptar la oferta de matrimonio de Eli. Por fin había encontrado el hogar y la familia que siempre había querido, y con un hombre al que amaba con todo su corazón.

Su felicidad sería completa cuando le contase quién era en realidad.

Suspiró y pensó que entre los esposos no debía haber secretos, en especial, uno de la magnitud del suyo. Y deseó que Eli pudiese entenderla y darse cuenta de que solo había mentido en lo relativo a su experiencia en el mundo rural.

–Tori, tenemos que hablar –anunció Eli, sacándola de sus pensamientos.

Ella se giró hacia él sonriendo. Parecía furioso.

–¿Ocurre algo?—le preguntó Tori.

–Hablaremos cuando estemos en la casa –respondió él.

¿Qué habría ocurrido para que su humor cambiase tan drásticamente?

Tori casi tuvo que correr para seguirlo por la nieve. Al entrar en la casa, casi no le dio tiempo ni a quitarse el abrigo. Eli la agarró del codo y le dijo a su padre:

–No nos molestes.

Y la llevó hacia su despacho.

¿Habría descubierto su secreto? ¿Por eso estaba tan enfadado?

A Tori no le parecía posible.

–Siéntate –le pidió Eli, señalando uno de los sillones que había delante del escritorio.

Ella sintió miedo y negó con la cabeza.

–No…

–Que te sientes –repitió él, sin levantar la voz, pero muy enfadado.

–¿Qué ocurre, Eli? –le preguntó ella, sentándose en el borde de uno de los sillones.

Tenía la sensación de que sus peores pesadillas iban a hacerse realidad. Eli había averiguado algo antes de que ella se lo contase.

–¿Cuándo ibas a contarme que me he casado con una impostora? –inquirió–. ¿O no me ibas a decir nada y después me ibas a dejar por alguien que te interesase más?

–No soy ninguna impostora –dijo ella, sacudiendo la cabeza–. E intenté decirte quién era antes de que hiciésemos el amor la primera vez, y otra vez anoche.

–Tenías que haber puesto más empeño.

Era evidente que Eli no la creía.

–Me cambié el apellido porque tuve que hacerlo –argumentó.

–Por supuesto –replicó él en tono amargo–. No querías cargar con la vergüenza de ser una Bardwell.

–Eso no es todo. Y yo no tuve nada que ver con las actividades ilícitas de mi padre.

–¿Me estás diciendo que trabajabas para él y no sabías lo que estaba pasando? No me lo creo.

–Sinceramente, no supe nada antes de que todo saliese a la luz –le dijo ella con lágrimas en los ojos–. Yo fui la que…

–Ahórrate las explicaciones –la interrumpió Eli, abriendo un cajón del escritorio para sacar la chequera–. Es evidente que has venido aquí a esconderte hasta que las cosas se tranquilicen y puedas encontrar otro lugar más lucrativo.

Hizo un cheque, lo arrancó y se lo tiró.

–Supongo que te ha salido bien la jugada al consumar el matrimonio.

Aquello fue lo que peor le sentó a Tori.

–Quédate con tu dinero –le replicó, levantándose para marcharse.

Eli tenía claro lo que pensaba de ella y no podría hacer nada para que cambiase de opinión. Era lo mismo que le había ocurrido con sus amigos. Eli no era distinto.

–No lo quiero –añadió.

–Tómalo –insistió él–. Esta misma noche hay un vuelo a Charlotte, quiero que hagas las maletas y te marches.

–¿Hacer el amor conmigo no ha significado nada para ti? –le preguntó ella, con el rostro inundado en lágrimas–. ¿Cómo puedes olvidar tan fácilmente lo que hemos compartido? ¿Cómo puedes olvidarte de lo nuestro?

–Por supuesto que me acuerdo de lo que hemos compartido, pero creo que no tenemos la misma percepción de lo que ha sido –replicó él–. No tenía que haber permitido que el deseo me hiciese olvidar que lo primero es el rancho.

–¿Para ti era solo deseo, Eli?

Él la miró fijamente antes de decir:

–¿Qué iba a ser si no?

Luego señaló hacia la puerta.

–Ahora, ve a preparar tus cosas. Me ocuparé de que alguien te lleve al aeropuerto.

Tori intentó contener las lágrimas. Tal vez estuviese arruinada y sola en el mundo, pero todavía tenía su orgullo.

–No voy a volver a Charlotte –replicó–. No me queda nada allí.

–¿Y adónde vas a ir?

–Ya no es problema tuyo –le dijo ella.

Eli se encogió de hombros.

–Es por saber adónde quieres que mande tus cosas.

–Te lo haré saber cuando llegue allí –respondió Tori, saliendo por la puerta–. Y si no lo hago, haz con ellas lo que quieras.

Tori dobló la ropa que pretendía llevarse, parando cada poco tiempo para limpiarse las lágrimas. ¿Cómo podía haberse estropeado todo tan rápidamente?

Esa mañana había despertado en brazos del hombre al que amaba y, unas horas más tarde, este le había dicho que no quería volver a verla jamás. Ni siquiera la había escuchado.

Se preguntó un instante cómo habría descubierto su secreto, pero en realidad no le importaba, lo había descubierto y, por duro que fuese, la había juzgado y declarado culpable sin tan siquiera dejar que se explicase.

Pero lo que más la disgustaba es que habían decidido hacer que su matrimonio funcionase y Eli había tirado la toalla a la primera complicación. Lo mínimo que podía haber hecho era actuar como un marido de verdad e intentar resolver el problema.

Tori se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta.

–¿Tori? –la llamó Buck en voz baja.

Ella fue a abrir y bastó con que el viejo le abriese los brazos para que se lanzase a él y se deshiciese en lágrimas. No solo había perdido al hombre al que amaba, sino también a la familia que acababa de encontrar.

–Venga, venga, niña –intentó tranquilizarla Buck, llevándola hasta la cama y sentándose allí con ella–. Todo va a salir bien.

Ella sacudió la cabeza.

–Eli quiere que me marche, Buck.

–Me lo ha contado –admitió él–, pero no te preocupes. No vas a ir a ninguna parte por el momento.

–Te lo agradezco mucho, Buck, pero no puedo quedarme en un lugar en el que no se me quiere –respondió, limpiándose los ojos–. He pasado casi toda mi vida viviendo así, y ya no puedo hacerlo más.

–No te culpo por sentirte así –le dijo Buck en tono comprensivo–, pero no puedes marcharte porque ha estado nevando toda la mañana y ahora hay ventisca. Tendrás que quedarte al menos un par de días.

Tori no quiso ni pensar en quedarse allí, en casa del hombre al que amaba y que estaba deseando deshacerse de ella.

–Esto es horrible, Buck –le dijo, poniéndose en pie y acercándose a la ventana para comprobar que nevaba con fuerza y hacía mucho viento–. ¿Lo sabe Eli?

Buck se encogió de hombros.

–No sabría decirte. Lleva una hora encerrado en su despacho.

–Esto no le va a gustar –dijo ella.

–Dale un poco de tiempo –le aconsejó Buck–. Ahora está muy enfadado y no es capaz de escuchar a nadie, así que es mejor que dejemos que se tranquilice solo.

–No creo que me deje explicarme ni siquiera cuando se tranquilice –comentó Tori, sacudiendo la cabeza–. No quiere que le hable de mi padre, ni del motivo por el que tuve que cambiarme el

apellido y marcharme de Charlotte.

Buck levantó una mano para detenerla.

–Yo no sé nada ni quiero saberlo. Sé que hiciste lo que pensaste que tenías que hacer –le dijo sonriendo y levantándose de la cama para marcharse–. Tienes que hablar con Eli primero. Si después quieres contármelo a mí, te escucharé. Y, si no, no cambiaré la opinión que tengo de ti.

Mucho rato después de que Buck se hubiese marchado, Tori volvió a mirar por la ventana. El apoyo del padre de Eli era incondicional. Había decidido que era una buena persona y nada le haría cambiar de opinión. ¿Por qué no le daba su hijo una oportunidad?

Volvió al armario y siguió doblando ropa. Así cuando dejase de nevar estaría preparada para marcharse.

Sentado en la oscuridad, Eli se sirvió otra copa de whisky y miró por la ventana. La ventisca había parado un par de horas antes, pero él no había sentido la necesidad de salir de su despacho. Si lo hacía, podía encontrarse con Tori, y prefería evitarlo. No quería que le recordasen que se había enamorado de una mujer que había querido reírse de él.

Decidió no tomarse la copa y subir a la cama. No había whisky suficiente en el mundo para hacerle olvidar el dolor causado por semejante decepción.

Capítulo Nueve

Dos días después de la ventisca, Tori estaba muy nerviosa. Solo había salido de su habitación para comer cuando sabía que Eli no estaba en la casa.

Le había preguntado a Buck cómo estaba la carretera y cuándo pensaba que podría irse, pero este se había encogido de hombros y le había contestado que no lo sabía. No era que Tori estuviese deseando irse del rancho, lo que le ocurría era que, cuanto más tiempo estuviese allí, más fácil le resultaría marcharse.

–Tori, ¿puedes bajar? –la llamó Buck–. Te necesito.

Ella frunció el ceño y salió de la habitación para bajar las escaleras. Buck no solía gritar nunca. Si quería algo, subía a su habitación y llamaba a la puerta.

–¿En qué puedo ayudarte? –le preguntó, entrando en la cocina.

Buck estaba de pie delante del fregadero, y cuando se dio la vuelta Tori gritó al ver que tenía una toalla llena de sangre enrollada en la mano.

–Estaba cortando unos filetes para hacer un estofado y me he cortado el dedo –le explicó.

–¿Es grave? –preguntó Tori acercándose.

–Voy a necesitar un par de puntos –admitió él–. Será mejor que vayas a avisar a Eli.

–Pero la carretera está cubierta de nieve, no podrá llevarte al médico –respondió Tori, corriendo a ponerse el abrigo.

–Tendrá que coserme él –le dijo Buck.

–¿Dónde está?

–Mira a ver en el granero donde están los tractores.

Tori echó a correr por la nieve y fue directa al granero que Buck le había indicado. Allí estaba Eli, trabajando en el todoterreno que le había enseñado a conducir.

–Buck se ha cortado un dedo –anunció–. Necesita que se lo cosas.

Él asintió y se limpió las manos en un trapo.

–Vuelve a la casa y dile que se lo sujete con fuerza por encima de la altura del corazón. Ahora mismo voy.

Eli estaba tan guapo que a Tori le entraron ganas de echarse a llorar. Lo quería tanto que le dolía, pero él no quería escucharla y no podía humillarse.

Cuando Tori volvió a la casa, Buck estaba sentado a la mesa, sujetándose el dedo levantado.

–Eli viene de camino –le dijo, colgando el abrigo y quitándose las botas–. ¿Has dejado de sangrar?

Buck asintió.

–Pero creo que esta noche te va a tocar cocinar.

Ella se sentó a su lado y sacudió la cabeza.

–Ya oíste que mis filetes fueron un desastre.

–No te preocupes, yo te diré lo que tienes que hacer. Y lo harás bien –le aseguró Buck.

Eli entró en la casa, se quitó el abrigo, se lavó las manos y se acercó adonde estaba Buck.

–Vamos a ver qué has hecho esta vez.

–¿Tú qué crees? Me he peleado con un cuchillo y he perdido.

–Eso es porque no tienes suficiente cuidado –lo reprendió Eli.

Siguieron discutiendo mientras Eli le cosía el dedo y a Tori no le gusto nada. La tensión entre ambos era todavía peor que el día que ella había llegado al rancho. Y estaba segura de volver a ser la causa del problema. Tori no soportó ser la causa de sus disputas.

–Parad, los dos –les dijo de repente, sorprendiéndose incluso a sí misma–. Solo os tenéis el uno al otro y, sean cuales sean vuestras diferencias, os queréis. Así que empezad a actuar en consecuencia.

Señaló a Eli.

–Tú tienes algo que yo nunca he tenido: un padre que te quiere y que desea lo mejor para ti. Te aseguro que no todos los padres son así. Deberías valorar la relación que tienes con Buck y respetarlo.

Luego se giró hacia Buck y añadió:

–Y tú tienes que dejar de estar enfado con él porque no quiera seguir casado conmigo. Yo lo quiero, pero él no me quiere a mí. Y vas a tener que aceptar que las cosas no han funcionado entre nosotros. En cuanto me marche del rancho saldré de vuestras vidas, pero todavía os tendréis el uno al otro. Cuidad vuestra relación y sentíos afortunados por ella.

Ambos hombres la miraron en silencio, como si se hubiese vuelto completamente loca.

Tori decidió que ya había hablado suficiente, así que se levantó y salió de la cocina para irse a su habitación. ¿Por qué los hombres convertían algo tan sencillo como el amor en algo tan complicado? ¿Y por qué se le rompía el corazón al pensar que no estaría allí para recordarles todos los días el vínculo tan especial que compartían?

Eli vio cómo Tori salía de la cocina y miró a Buck, que estaba tan sorprendido como él.

–Supongo que tiene toda la razón –dijo su padre por fin.

Eli asintió.

–En cualquier caso, no ha dudado en darnos su opinión.

Ambos volvieron a quedarse en silencio mientras Eli le vendaba el dedo a Buck.

–Es evidente que la familia es algo muy importante para ella –añadió el viejo, aclarándose la garganta antes de añadir–: A tu madre le pasaba igual.

–Me ha mentido, papá –dijo Eli–. ¿Cómo voy a confiar en ella?

–Tal vez deberías escucharla antes de tomar una decisión –le sugirió su padre–. A lo mejor tiene un buen motivo para haber hecho lo que hizo.

–No sé cómo va a poder justificar que me mintiese acerca de su identidad –le respondió Eli, cerrando el botiquín.

–Además de decirte que tenía experiencia en un rancho, ¿en qué más te mintió?

Eli frunció el ceño.

–No estoy seguro. No fue sincera, pero supongo que tampoco me mintió exactamente.

–¿Qué quieres decir?

–Que como se había cambiado el apellido, no me mintió al decirme que se llamaba Victoria Anderson –le explicó Eli.

Después de un par de días y más tranquilo, tenía que admitir que aquello no era lo mismo que mentir, aunque tampoco era ser sincero.

Buck se quedó pensativo y luego dijo:

–Bueno, yo opino que si no le das la oportunidad de explicar su versión de los hechos, nunca sabrás cuál es realmente la historia.

Eli se encogió de hombros.

–Supongo que podría hacerlo.

–Por supuesto. Esa muchacha es tu esposa, hijo. Compórtate como un marido y ve a hablar con ella. Averigua lo que tiene que decirte antes de echar a perder algo que tal vez no vuelvas a encontrar jamás.

Eli dejó el botiquín en su sitio y dudó. No podía arriesgarse a dejarla marchar sin oír lo que tenía que decirle.

Respiró hondo. ¿Cuándo se había enamorado de ella? ¿Y cómo era posible?

No estaba seguro de cómo había ocurrido, pero sabía que tenía que escucharla.

–¿Estarás bien solo? –le preguntó a su padre.

Este asintió.

–Voy a quedarme aquí, a ver el catálogo de semillas –respondió sonriendo–. Buena suerte, hijo.

–Gracias, papá.

Eli subió las escaleras preguntándose lo que le iba a decir a Tori. ¿Debía decirle que estaba dispuesto a escucharla? ¿O debía preguntarle por qué no le había confiado sus secretos cuando las cosas habían empezado a volverse más serias entre ambos? ¿O tal vez debiese hablarle de la novia que había tenido en la universidad?

Llamó a la puerta de su habitación y esperó unos segundos antes de abrirla. Tori estaba sentada delante de la ventana, mirando hacia el muñeco de nieve que habían hecho juntos un par de días antes.

–Tori, tenemos que hablar –le dijo, entrando a sentarse a su lado.

Ella dobló las piernas y se abrazó las rodillas.

–¿Por qué? –le preguntó.

Había estado llorando y a Eli se le hizo un nudo en el estómago al pensar que él era el responsable.

Miró al otro lado de la habitación, donde estaba la maleta llena de cosas.

–Creo que hay algo que debo contarte, que tal vez explique por qué no quise escucharte.

–¿Por qué iba a escucharte, si tú no quieres escucharme a mí? –le preguntó ella, todavía con la vista clavada en la ventana.

–¿Porque eres más razonable que yo?

–Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

Estuvieron en silencio unos segundos y después Eli se aclaró la garganta.

–En la universidad, salí con una chica con la que pensé que las cosas iban en serio –empezó–, pero resultó que iba a casarse con otro, y que solo quería mi dinero.

–¿Estaba prometida con otro y salía contigo al mismo tiempo? –preguntó Tori, mirándolo por fin.

Eli asintió.

–Me contó que era su hermano y que era constructor y estaba interesado en construir un complejo turístico en alguna parte de Wyoming. Intentó que me asociase con él y que pusiese a su nombre una parte del rancho. Si hubiese accedido, habría perdido por lo menos una parte del rancho, si no todo.

Tori frunció el ceño.

–¿Cómo te relacionas con ese tipo de gente?

–La conocí en UCLA –dijo él–. Al parecer, me había seguido hasta allí. En resumen, que me di cuenta de que algo no iba bien cuando la traje aquí para Acción de Gracias. Odió el rancho y no paraba de llamar por teléfono a su supuesto hermano.

–Así que me has juzgado y condenado por lo que te hizo ella –comentó Tori.

–Más o menos –admitió Eli, respirando hondo–. Si todavía quieres contármelo, estoy dispuesto a escucharte. ¿Por qué decidiste cambiar de apellido y empezar de cero? ¿Y por qué no me lo contaste ni siquiera después de que hubiésemos hecho el amor?

–Antes de que te responda, me gustaría saber cómo has descubierto quién soy en realidad –le dijo Tori, mirándolo a los ojos.

–Contraté al hermano de Blake Hartwell, Sean, que tiene una agencia de detectives. Encontró a tu niñera y se lo contó todo.

–¿Cómo es posible que Marie me haya traicionado así? –preguntó ella con la voz quebrada.

–En su defensa diré que está en una clínica, recuperándose de un ataque. Tal vez ni se acuerde de que habló conmigo.

Tori suspiró.

–Espero que esté bien. Es lo más parecido a una madre que he tenido, y creo que siempre ha querido lo mejor para mí. Hasta me animó cuando le conté que quería cambiar de identidad.

–Sé quién era tu padre y que no estabais unidos, pero ¿por qué quisiste cambiarte el apellido?

–¿Todavía me lo preguntas, después de cómo reaccionaste al enterarte de quién era?

Tori se levantó y se puso a pasear por la habitación.

–Decidiste que era culpable solo por haber llevado el apellido Bardwell.

Eli se sintió culpable.

–Es cierto que descubrí lo que mi padre hacía con las cuentas de sus clientes –continuó ella–, y que me involucré, pero no como piensas.

–Te escucho.

–Me enfrenté a él y le dije que tenía que entregarlo a la policía –le contó Tori con lágrimas en los ojos.

–¿Y lo entregaste?

Tori asintió.

–A pesar de saber que nuestra relación se terminaría para siempre. No tuve elección. Y cuando tuvo el infarto, causado por el estrés de la detención, fui al hospital, pero se negó a verme.

Eli no se lo pensó dos veces, la abrazó.

–Cariño, siento que tuvieses que pasar por todo eso.

–Ojalá solo hubiese sido eso –dijo ella–. Aunque no se me acusa de nada, ya nadie me contratará nunca por mi apellido. Lo perdí todo y después empecé a recibir amenazas de sus clientes, que estaban furiosos. Por eso pedí a las autoridades que me cambiasen el apellido, por motivos de seguridad.

–¿Y cómo encontraste mi anunció en Internet? ¿Por qué respondiste?

–Lo encontré por casualidad mientras buscaba otras zonas del país en las que poder empezar de cero con poco dinero.

–Y, cuando has dicho que me querías, ¿lo has dicho de verdad? –siguió interrogándola Eli.

Tori dudó un instante y luego asintió.

–Sí, pero soy consciente de que tú no me quieres a mí.

–En eso te equivocas –le dijo él–. Te quiero más que a mi vida. ¿Podrás perdonarme por no haber querido escucharte?

Ella sonrió.

–Sí, pero parte de la culpa ha sido mía. Tenía que haber

encontrado la manera de contártelo todo cuando me di cuenta de lo rápidamente que avanzaba nuestra relación –le dijo, mirándolo a los ojos–. Y tenía que haberte confesado que no sabía montar a caballo. Si no hubiese mentido, nunca habría caído en el agua helada.

–Ambos tenemos la culpa, Tori.

Eli la besó en los labios y luego le preguntó:

–¿Me harás el honor de seguir casada conmigo, cielo?

–Sí –respondió ella sin dudarlo.

–En ese caso, quiero que empieces a planear la boda de tus sueños –le dijo Eli sonriendo–. Y no me digas que no tienes nada en mente. He oído que la mayoría de las chicas empiezan a planear su boda alrededor de los cinco años.

Tori se echó a reír.

–Ahora que lo dices, tal vez tenga una idea o dos –admitió.

–Fija un día del próximo verano, cariño –continuó Eli–. Te quiero y quiero que todo el mundo lo sepa.

–Yo también te quiero, Eli Laughlin, con toda mi alma y mi corazón.

Epílogo

Tumbada en brazos de su marido después de haber hecho el amor, Tori clavó la vista en el cielo estrellado.

–Tenías razón –le dijo, dándole un beso a Eli en el hombro desnudo.

–¿A qué te refieres? –preguntó él, acariciándola dentro del saco en el que estaban los dos.

–Aquí, en las montañas, da la sensación de que hemos hecho el amor entre las estrellas. Me alegro que decidieses que teníamos que pasar la luna de miel aquí.

–Quería que lo vieras –le dijo Eli, acariciándole un pecho.

–Tu padre estaba muy guapo de esmoquin esta tarde –añadió ella.

–Me parece que la abuela Jean ha pensado lo mismo –admitió él riendo.

Siguieron abrazados y Tori sonrió. Desde hacía dos semanas, tenía otro secreto que no le había confesado a Eli, y había llegado el momento de hacerlo.

–Tenemos que hablar –anunció.

–Te escucho.

–¿Te acuerdas de que me dijiste que querías llevarme a un crucero por el Caribe en nuestro primer aniversario?

–Sí.

–Pues me temo que, en vez de ir al Caribe, vamos a tener que ir en enero al hospital.

Eli frunció el ceño.

–¿Por qué?

–Porque es cuando tiene que nacer nuestro bebé.

–¿Bebé? –repitió–- ¿Estás embarazada?

Ella asintió y le dio un beso.

–Hace un par de semanas que lo sé, pero quería darte la noticia como regalo de bodas.

–No podías haberme hecho un regalo mejor.

–Buck se va a poner loco de contento –comentó Tori riendo–. Lleva lanzándonos indirectas desde que dijimos que íbamos a volver a casarnos.

Eli sonrió.

–Va a malcriar al pobre niño.

Se volvieron a tumbar en el sacó.

Tori se había sentido tan feliz. Por fin estaba haciendo realidad el sueño de su vida. Estaba casada del hombre al que amaba, y no tenía la menor duda de que él la amaba también. Por fin formaba parte de una familia de verdad e iba a tener un hijo. Y todo porque había tenido el valor de contestar a un anunció para encontrar el amor en brazos de un ranchero.